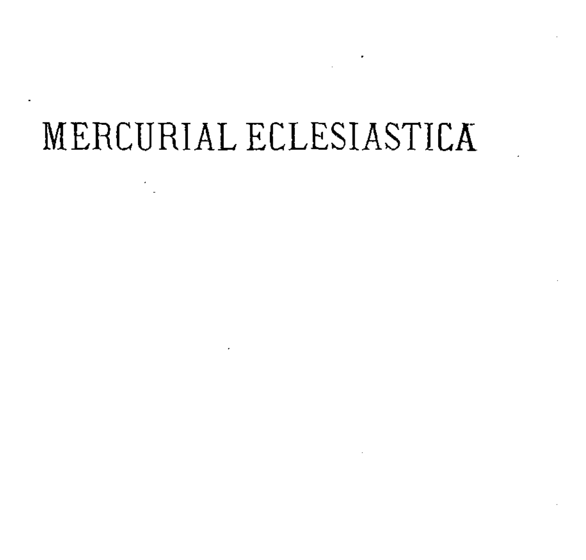
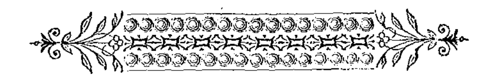




MERCURIAL ECLESIASTICA

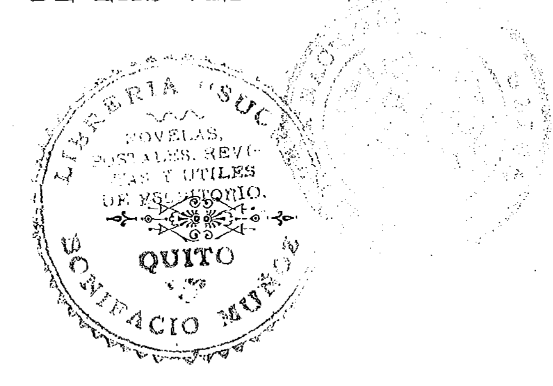




Mercurial Eclesiástica

LIBRO

DE LAS VERDADES

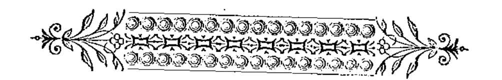


QUITO

Imprenta "La Gutenberg"

1907





EL OBISPO

> Non flere, non indignare, sed intelligere.

ESTA máxima de Spinoza, uno de los más profundos filósofos modernos, no suele tener aplicación á las cosas de la vida, cuando tánta verdad encierra. Antes de comprender, nuestras lágrimas son inútiles, pues no tienen causa ni objeto ; y aun pueden ser impertinentes, porque las estamos vertiendo quizá en ocasiones en que debemos regocijarnos de esta divina facultad con que el Criador nos ha dotado con nombre de inteligencia. Ahora indignarnos de cosas inocentes,

cosas que por ventura merecen la corona de la virtud, ¿ qué es sino romper las conexiones sin las cuales no caben ni sociedad humana, ni fraternidad, ni gobierno, ni familia ? No lloréis, no os indignéis ; tratad de comprender ; y si habiendo comprendido veis que el corazón debe afligirse, llorad ; y si consideráis que el alma pura y santa debe indignarse, indignaos. Si no habéis comprendido, por qué lloráis? por qué os indignáis? Lloráis, os indignáis, condenáis ; y he aquí que vosotros sois los condenados, porque habéis faltado á la inteligencia, la mansedumbre y la caridad, requisitos sin los cuales no hay hombre justo, y menos sacerdote ejemplar y respetable.

Entre un hombre del vulgo y un hombre distinguido ; entre un hombre oscuro y un hombre ilustre ; entre un gran pensador, gran autor, gran moralista, y un ignorante, por torpes y desmañados que seamos, no hay duda sino que nos hemos de atener al juicio del que está gozando de la consideración universal. El arzobispo de Quito ha condenado mi obra titulada "Siete Tratados", y ha prohibido su lectura, por herética, dice, in-

cabrón de Mendés que se está llamando arzobispo de Quito. No olvidarán los que no han olvidado "El Cosmopolita" que tengo al clero por parte esencial de una sociedad bien organizada: lo que pido es clero ilustrado, recto, virtuoso, útil; no ignorante, torcido, lleno de vicios, perjudicial: este clero es una peste, por el poder que tiene sobre pueblos que andan muy atrás de las naciones civilizadas; en los que no les creen á ojo cerrado, no es sino un trapo. Mas qué elemento mayor de civilización que el sacerdote inteligente, sabio, cuerdo y puro? Este busca la verdad alumbrándose con la antorcha de la sabiduría, y la halla; y cuando la ha hallado, la presenta desnuda al mundo, y dice: Esta es! Cultiva la historia y la moral, comunica sus conocimientos á los demás, les desencapota el alma, y no teme que le griten "mentira!" los que no están al corriente de los sucesos humanos.

Cuerdo dije, sí, cuerdo: ser cuerdo es más que ser sabio: cordura es prudencia, cordura es mansedumbre, cordura es benignidad. El hombre cuerdo se salva cada día y está salvando á sus semejantes. El precipi-

tado, violento, furioso, se *pierde*, y sacrifica á los que tienen la desgracia de seguirle. Cosa muy diferente es la energía, la entereza de la convicción y el deber: San Ambrosio cerrándole el paso al emperador de Roma en la catedral de Milán, no es violento ni temerario; es soldado impertérrito que mantiene su puesto y defiende su bandera. Teodosio, en medio de su poder, está temblando: qué palabras salieron de los labios del obispo? qué centellas brotaron de sus ojos? Si Ambrosio le hubiera llamado "mentiroso", "inmoral", "blasfemo", Teodosio le hubiera hecho cortar el pescuezo: habló en nombre del Espíritu, y el Espíritu no articula sino palabras vestidas de verdad y grandeza, lengua sublime que resuena por el mundo y sube al *cielo* á incorporarse en la música de los serafines.

El estilo es el hombre: antes de Buffon éste era ya un axioma; pero axioma sin voz, que se mantenía oculto en las entrañas de la sabiduría. Ese filósofo le dió cuerpo en su gran lenguaje, y desde entonces no hay ignorante que no sepa que el estilo es el hombre. Ah, miserable, tú que

enrocado en tu alta silla te pones á gritar como demente: Mentira! Blasfemia! y hartas de agravios al que está saboreando las alabanzas de personas de gran mérito, no temes que un Teodosio justiciero te eche á latigazos de la puerta de la catedral? Jesús echó también de este modo á los traficantes inicuos: ay de los traficantes de iniquidad y perdición! Tráfico de iniquidad y perdición es el comercio de las cosas inmortales, el cambio de lo divino con lo infernal. Acaba ese obispo sanguinario de provocar el derramamiento de sangre en la capital de una República: hablando á nombre de Dios ha engañado al pueblo: como el engaño no bastase, le han enfurecido los esbirros con licores fuertes: borracho el pueblo en nombre de Dios, se ha tirado sobre un grupo de hermanos suyos: palo, puñal, armas de fuego, sangre, he ahí la palabra del "santo" obispo. Cada pastoral de ese malvado es una desgracia pública; pero no tanto, si no la acompañan con el aguardiente. El pueblo, el pobre pueblo, bueno y generoso, no derrama sangre, á menos que le priven del juicio. El pueblo lee poco, y no sabe gran cosa; pero la fuerza del tiempo, la fuerza del

siglo obra sobre él sin que él lo advierta, y ya no se tira ciego á matar *herejes*, cuando no le enfurecen y mancillan con el infame veneno que perturba la razón y desmejora el cuerpo.

Esa pastoral y un barril de aguardiente me hubieran costado la vida, si Dios no me estuviera salvando con la ausencia. Para confirmar un aserto de otra especie, he vuelto á leer los viajes de Don Francisco José de Caldas: cuando llego al pasaje en que el pueblo de Cuenca se arroja sobre el secretario de la Comisión científica que á mediados del siglo pasado fué á medir el meridiano, tiemblo, no de miedo sino de cólera. La cólera no permanece; mi alma cae en admiración profunda, y de aquí pasa á la amargura. Cómo, ayer, en los umbrales de nuestro siglo, hay pueblo en el mundo civilizado, cuya plebe, á las voces de los clérigos, se tira sobre un sabio y le hace pedazos, por brujo? Ordóñez, Ignacio Ordóñez, no puedes negar tu cuna: sangre chorrean tus labios, sangre despiden tus ojos, sangre requiere tu temperamento. Quiteños, ay quiteños, si una pastoral de vuestro ilustrísimo prelado le cuesta

Madama Guyón, la pazpuerca que causó la ruina del obispo de Cambrai. Importa poco que el cuerpo se entregue al cumplimiento de sus necesidades y apetitos: como el espíritu no tome parte en esos abusos, nada se ha perdido. Mientras el cuerpo está comiendo en su señoría, el alma está ayunando; y no hay cuidado. Así es que come de todo; es decir no come: en estos señores de misa y olla no suceden las cosas de la manera que en los profanos como nosotros. Ellos no comen; no comen sino allá á las nueve de la mañana, y eso unos tres ó cuatro huevos estrellados; media libra de carne de res preparada de modo que no perjudique á la salud eterna; y un plato, á lo más, de papas revueltas en caldo gordo, que se están enredando en gruesas hebras de queso, y chocando como buques sin brújula contra unas yemas encendidas y provocativas. No comen otra cosa los eclesiásticos amigos de sus deberes: por casualidad condescienden con la longaniza cuatro ó cinco veces á la semana. La morcilla, puf! no pasan de una cuarta; y como el chocolate es contra la pudicicia, será mucho si toman una taza mediana, contraponiendo el casto queso á las pro-

piedades lujuriantes de ese regalo de Satanás. Si espesan el chocolate con un terremoto de queso, el chocolate queda de pescado; no hace daño á la virtud: chocolate con carne, cosa mala!

Sabido es que la comida de queso es comida de santos: mientras más queso consuma un buen católico, más probabilidades le corren de ganar la gloria eterna. En Francia los devotos de la escuela de Luis Veuillot comen *maigre* los viernes, las témporas y vigilias, esto es, *comen flaco:* en la América española, los que se están criando para bienaventurados comen queso, mucho queso, sin perjuicio de la carne. La bula, los cuatro reales á la Iglesia, les quitan á las viandas sus propiedades lujuriantes, como dijimos arriba. Para rehuir los pecados que provienen de la carne, los inteligentes católicos comen queso. Yo quisiera que para evitar las tentaciones del robo, la envidia, la murmuración, comieran algo. De la mentira no los salva el queso; ni de la calumnia, ni de la codicia, ni de la hipocresía. Para esta no comen, ni quieren comer nada. Yo le huyo á un comequeso más que al diablo: ese peca á dos

manos, teniendo para sí que el ayuno le salva de todos los castigos á que le vuelven acreedor sus malas obras.

Ayuno.... yo nunca he comido más y mejor que cuando me han hecho ayunar: condiscípulos míos viven que se acuerdan de esas horribles infracciones que han cometido conmigo el miércoles de ceniza y el viernes santo. Viernes santo fué cuando le hurtamos un capón al cura de Mulaló, dos señores que ya no comen sino pescado, y yo que me he quedado heresiarca. Un batallón que iba de tránsito á Guayaquil había puesto en fuga á todas las gentes de esos contornos, inclusive el párroco: hallamos el capón en el convento sin padre ni madre, ni perro que lo ladre, y lo hicimos nuestro, como quedó enunciado arriba. Pregunto yo si *incurrimos* cuando, no teniendo qué comer en un camino, le tomamos un gallo á un cura á título de devolución? El mal no estuvo en el hurto, sino en el viernes santo. Pero yo me escapé del infierno ese día, porque no caté la mala presa. Don Daniel Salvador, Jefe del batallón, que en ese punto llegaba á la venta ó *el tambo*, me hizo su convidado; y mis dos amigos, en mesa

aparte, se entendieron ellos solos con el hurto. Así es que á cada uno de ellos le debo un pedazo de salvación de alma, por haberse comido el infierno que á mí me correspondía. Capón robado á cura en viernes santo! Tres delitos en uno: á esos demonios se los llevó pateta. Si bien en mi departamento militar no escasearon las viandas; ni son los soldados los que tienen interés en comer queso, para evitar *la ruina de las almas;* como dice el cabo Ordóñez. Y qué de gollerías había traido el coronel en su repostero ambulante! Hasta hígados de ganso comimos ese día; y unos pollos á la quiteña, que realmente fué saludable la mortificación del ayuno con que nos purificamos literatos y militares. Se mueren de cólera los clérigos de que otros lo pasen bien: la buena mesa es su monopolio. Pero si no hay queso ni legumbres en un despoblado, nos hemos de dejar morir de necesidad, por no comer un capón? Si lo hiciéramos adrede para darles con eso á los camanduleros, razón tuvieran éstos de querernos mal; pero si comemos carne en día santo, y hacemos intención de comer pescado, en qué faltamos á los preceptos de nuestra santa madre Iglesia? El

príncipe Napoleón es quien no era muy católico, cuando se reunía el viernes santo ex profeso para comer carne de puerco entre varios perillanes de su propia calaña, como el crítico Sainte-Beuve y Alfredo de Musset. Yo le puedo asegurar al señor obispo que no como puerco ni en pascua florida, menos en día grande; y así espero de su misericordia que me dé indulgencia plenaria por el capón de Mulaló.

Los franceses son más observantes que los españoles; ayunan todo el año, pues almuerzan á las doce, y comen á las siete de la noche. Los santos de Sud-América, en vía de mortificación, comen peje y se desayunan á las doce. Yo sé decir que no hay plato más suculento y apetitoso que un buen lenguado á la sartén; y que por un escombro bien dispuesto yo doy el tocino que en un año viene de la Confederación Norte-Americana. Pues qué decir de un buen pedazo de salmón de Holanda, asentado en su salsa verde, que parece una esponjada camelia? Los clérigos y los clericales comen todo esto para no irse al infierno. A esta cuenta yo tengo ganada la salud eter-

na: mi almuerzo suele ser ordinariamente un pescadito de esos tan sabrosos que ese demonio de Peters sabe dar á sus comensales; que cuando por aventura me meto en el Café Inglés, con grave perjuicio de la bolsa, ó tiro á la calle de San Honorato á casa de Boisin, no le perdono á la trucha: aquí te cojo y aquí te mato; y váyanse el *roast-beef* para duro, y el *beefs-teack* para grosero. Si con no comer mucha carne está uno en vía de salvación, yo tengo noventa y nueve probabilidades que San Pedro no me dará con la puerta en las narices. Comer las cosas más delicadas y agradables del mundo es hacer penitencia! Así lo piensan los católicos puros, y este principio es la regla de su vida.

En el reino de los quesos hay delicias: un *camembert* maduro, un *roquefort* chispeante, un *stilton* aristocrático, un *chantilly* suavísimo, y por añadidura la salud eterna, ¡quién no ha de ser católico! Mas ya que no estoy hablando de los devotos de Francia, sino de los de allende el mar, no haré mención del *camembert, el roquefort* ni *el chantilly*; pero díganme los israelitas de Quito, si hay cosa

más fresca, blanca y suave que un *machachi* bien aprensado? Y ellos mismos no andan siempre ofreciendo un ojo de la cara por un queso de Pasto, de esos que parecen toros de Tambillo, por gordos, grandes, bravos y soberbios? Ahora qué decir de un quesito disuelto al fuego, que en intrincados fluecos recibe retorciéndose la espesa miel de Nochebuena, con que el goloso buen cristiano festeja el nacimiento del Salvador del mundo? Gente más hábil y remirada que la quiteña en el uso del queso, no hay en la tierra. Mírenlos como parten la tortilla de maíz, caliente, pringante, y abren los brazos media vara, y todavía no se ha cortado la madeja, que da y más da, hasta cuando el dichoso mortal que se halla en ese trance la enlaza con la lengua, y principia á un lado y á otro esa manducación durante la cual no se cambiara con el Schá de Persia! La cosa que más les gusta á los antiguos, es, sin duda, el chocolate, resabio de nuestros buenos padres, de los que durarán mucho todavía entre nosotros. Pues el chocolate no es bueno, si no le ahogan con una lluvia de queso, que cae de entre los dedos cual irritado granizo. Queso en cuaresma,

queso en pascuas; queso de mañana, queso de noche; queso en bodas, queso en entierros. Dan la vida, como dicen, por el queso; y lo comen de penitencia! Si á mí me dan de penitencia que me regale de día y de noche con ayes y suspiros de hermosas, cuente conmigo el señor obispo como con el primer católico de la cristiandad.

No sé cuál va adelante en nuestros clérigos, la insensatez ó la ignorancia: el pescado es el alimento más prolífico que puede brindarnos el reino animal: los pueblos del Norte, que se alimentan de pescado, son los más fecundos de la tierra. *La fragua del género humano*, han llamado al Norte los naturalistas; y los clérigos se ahitan de pescado, para no tomar mal siniestro; cuando sería providencia más eficaz ocurrir por una partida de yangüeses que les apagasen la malicia con sus estacas. Así como en la andante caballería suele haber modos de composición para todo, así los buenos católicos tienen modos de composición para todo; pues el pescado es sin perjuicio de la carne. Como digan que no comen carne, piensan que en realidad no la comen; ó cuando me-

nos que no *incurren*. Por aquí no ha pasado nadie, dice San Francisco, metiendo la mano en la manga; y tiene para sí que no ha faltado á la verdad. Por aquí no ha pasado nada, dice el obispo, cuando ha hecho desaparecer una gallina: por aquí no ha pasado nada, dice el cura, después de comerse un lomo de ternera. Con meter la mano en la manga, ternera y gallina quedan eliminadas. Secta más sutil que ésta, y pícaros más acomodadizos entre ellos que los devotos, no hay en el mundo.

Yo comí una vez á una misma mesa con un penitente, un mártir, de esos que no comen para bien de su alma. Su esposa, señora advertida, le iba metiendo los platos por el codo, como quien no dice nada; él, calladito, los tiraba adelante, y los despavilaba con admirable disposición. Qué suerte la mía, decía, he de morir de necesidad en medio de la abundancia. En otros los males llegan á la vejez; pero yo.... ! y venga el plato de retaguardia. "No hay cosa que más envidie que un buen apetito: dicen que el placer del comer es uno de los mayores: esto debe de ser con los que tienen hambre".

"Come algo, hijo", murmuraba mansamente la señora.

"Comer.... no me conoces? comer yo?"

Y come que come el santo quemado. Yo estaba reventando de ira: cómo le doy en la cabeza á este bribón?

"El estómago que Dios me ha dado: ah estómago". Y traga y más traga.

Hay en Quito postres como el paraíso! el mejor, para días señalados, ese manjar de los dioses que llaman *rosero.* Vino una fuente profunda de cristal, de flores y orillas de oro: por tras las paredes estaban provocando esos granos blancos, esponjados, reventados como jazmines. Las hojas de naranjo, la cáscara de naranjilla nadaban á modo de peces en un mar fantástico, destinados para regalo de las Musas. Yo hubiera admitido dos porciones, no lo niego: el devoto, cuando su amable esposa le hubo puesto por delante su ración en puro y transparente vaso: "Para qué pues, hija, preguntó; no sabes que mi bendito estómago no admite el maíz?"

Y digan que no hay ocasiones de hacer una muerte! Yo me hube de

limitar á responder con cólera reprimida: Y el *mote* y el *tostado* de Chillo?

Mucho después llegué á saber que su suegro, varón de gran respeto, que daba por mí sus pedazos, había tenido que encerrarlo esa noche, para que no fuera á matarme en mi casa. Estos son los ayunadores y vigilantes.

Entre los indios orientales, en la religión de Budso, no hay acción más meritoria ni acto de virtud más sublime, que morir el hombre asido al rabo de una vaca. El moribundo que tiene fuerza y voluntad para cogerse del dicho rabo, y es harto feliz para no soltarlo ni después de muerto, se va derecho al lado de sus dioses. Entre el rabo de vaca de los indios orientales y el pescado seco de los indios occidentales, ¿qué diferencia hay? Los unos piensan que con abalanzarse al rabo de una vaca se insinúan con su Dios; los otros tienen creido que con comer pescado el viernes labran para la gloria. Y no hay que decirles nada á nuestros clérigos, porque ahí está el infierno. "La verdad", dicen: ellos gozan del monopolio de la verdad. Los indios asiáticos dicen también que ellos poseen la verdad

exclusivamente. Los mahometanos, ellos son dueños de la verdad: los judíos, no la ceden á ninguna otra secta. Y entre tanto la verdad, gran ser invisible, no se revela ni se muestra sino al filósofo, el pensador, el sabio, el que á fuerza de virtud y pureza de alma se pone en contacto con la Divinidad, dilata la vista por las oscuridades eternas de la creación, y adivina tal cual secreto del universo.

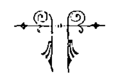
Malas señales

"¿QUERÉIS saber cuáles son las señales de la pérdida de la fe? dice el obispo muerto: Esa sed, esa ansia de los bienes puramente temporales: ese deseo, esa inquietud por alcanzarlos: ese desconsuelo, esa desesperación una vez perdidos, ved ahí una señal de que se ha apagado la fe".

CON esta señal, derechito nos vamos á los que han perdido la fe. "Esa sed, esa ansia de los bienes temporales": el obispo. "Ese deseo, esa inquietud por alcanzarlos": el clérigo suelto. "Ese desconsuelo,

esa desesperación una vez perdidos": el cura. Vuélenle al cura de su parroquia, y ahí está la seña: ese no tiene fe. La fe, entre ningún género de gentes está más perdida que entre los católicos; pues quiénes sino éstos se hallan devorados por esa sed de bienes puramente temporales?; quiénes más que ellos viven deseosos de alcanzarlos, y padecen la inquietud de la codicia? Y si ellos son justamente los que han perdido la fe y tienen *el alma arruinada*, no alcanzo de qué modo puedan embestir á los que cultivan sus creencias conformes con la filosofía, y no muy apartadas quizá de los preceptos de la religión. *Nemo dat quod non habet:* si el señor obispo confiesa que ha perdido la fe, y declara que está muerto, yo no sé cómo va á despertarla en pechos ajenos y á darnos vida sobrenatural con sus pláticas de ultra tumba. Por vivo y santo que sea su dolor, no creeremos á ojo cerrado en sus buenas obras; porque sabemos por Petronio, el antiguo poeta latino, que la viuda apasionada que, fingiéndose muerta, se hizo encerrar en el sepulcro de su marido, á poco andar salió á casarse con el sepulturero, por haber sido su mujer al lado del adorado difunto.

Ese obispo muerto no me infunde confianza: quién sabe lo que estará haciendo en la sepultura? Bien es que, como los muertos no comen, allí no debe de haber cocineras. Pero la fe perdida y el alma arruinada, según él mismo lo ha confesado con loable franqueza, son capaces de todo; y á falta de cocinera, su señoría ilustrísima se ha de entender con la sepulturera. Busca-la-vida activísimo, *cascarillero* infatigable, usurero endemoniado, pasó de la cebada al trigo, atesoró, se acaudaló, y ya era tiempo de ponerse á mandar á los infiernos á los que se van tras los bienes temporales. La señal, padre Ordóñez, la señal!



Calderón! el gran Calderón de la Barca que pasó la vida en componer *Autos sacramentales* para el teatro! Ahora mismo los católicos más intransigentes de España; esos que no dan cuartel á los liberales, son los que han compuesto las mejores comedias de nuestros días. Don Manuel Tamayo y Baus, su célebre drama "La Comedia nueva"; don Aureliano Fernández Guerra, su no menos renombrado "Alonso Cano"; y don Marcelino Menéndez y Pelayo, católico por excelencia, no ha tenido por impiedad volver al castellano los dramas de Shakespeare.

Falta, por otra parte, á la verdad el ilustrísimo y reverendísimo José Ignacio Ordóñez cuando afirma que no concurren jamás al teatro los que saben apreciar en lo que valen la virtud y la inocencia. Testas coronadas, jóvenes princesas asisten por costumbre á los teatros. En la Grande Opera de París conocí á Doña Eugenia, condesa de Teba, emperatriz de Francia, católica, apostólica, romana, y tenida por clérigos y clericales como dechado de piedad. La emperatriz no faltaba á la misa, pero no faltaba tampoco al teatro; y el arzo-

bispo de París nunca la insultó brutalmente con decir que las personas que saben apreciar en lo que valen la virtud y la inocencia, no concurren jamás á él. En el teatro del Príncipe conocí en Madrid á las Infantas de España; y no dirá el obispo bárbaro que esas preciosas niñas no aprecian la virtud y la inocencia. Doña Paz no se hubiera casado ahora poco tan á su gusto, si el novio afortunado, ese chico de sangre real, le hubiera creido al negro Ordóñez. Las señoras, las grandes señoras de París, la nobleza del barrio de San Germán, conservadoras, realistas y devotas, tienen palcos en propiedad en los teatros principales: sus hijas, de los catorce años para arriba, así como bajan el traje, como nosotros decimos, están allí á su lado. En la *Comedia Francesa*, los martes de todo el año, se puede conocer á la aristocracia femenina, y ver las más lindas criaturas que da de sí la especie humana. Una noche, estando en escena *El matrimonio de Fígaro*, de Beaumarchais, en un entreacto donde reinaba profundo silencio, se levantó derrepente de la primera galería una carcajada tan alta, pura, argentina y armoniosa, que el concurso rompió en

un aplauso inmoderado, como después de un *solo* de la Krauss, ó de una escena de Sarah Bernhardt en *Fedora*. Era una niña, la hija del general Canrobert, me parece, que se aprovechaba de ese vasto silencio para llenar la sala de sus gorgoritos. Y diga el padre Ordóñez que jamás concurren al teatro los que saben apreciar la virtud y la inocencia. Nadie ignora que en Roma está uno de los más célebres teatros de Europa, *el Apolo*; y que nunca se le ocurrió al papa, cuando fué soberano temporal, prohibir el teatro en sus Estados. Si León XIII no concurre á las representaciones teatrales, es porque no le da la gana; pero algo entenderán de teatro y de bailarinas los clérigos, cuando el cardenal Lambruschini, mirando en el balcón del Quirinal á Pío nono, el día que éste salió electo, exclamó: *Ecco la Cerrito.*



retrae, cuando tiene miedo de lo ilícito, ó echa de ver que una de sus obras le acarrea desconsideración é infamia. Así como no podemos vivir vida material sin el fuego, elemento del mundo físico, así la vergüenza es el fuego del espíritu, y uno de los elementos de la naturaleza del hombre. La vergüenza siempre está virgen: los que la violan, la matan; y viven pálidos, aun cuando, viudos desamorados, no echan lágrimas. Señor obispo, ¿qué habéis hecho de vuestra vergüenza?





Suerte del Cajista

NUNCA, nunca se había visto prelado ni cura que no se contentaran con mandar á los infiernos á los escritores: este sublime condenador hace un montón gigantesco de escritores, editores, cajistas, comerciantes de libros, y de lo alto los precipita en el abismo; porque todos, dice, contribuyen á *la ruina de las almas.* Quiere que el comerciante de libros le vaya á preguntar á él cuáles no causan la ruina de las almas, y que eche al fuego, á su costa, los que causan esa ruina. De antemano sabe que á ese buen eclesiástico no le gusta la lectura y piensa que con libros no

hay salvación. No han olvidado los fieles esa época inquisitorial en que el obispo, convertido en centurión, al frente de un piquete de soldados, se iba por las calles aterrando á los habitantes, y metiéndose en las casas á buscar y confiscar *libros prohibidos*. Gobierno hubo que, no solamente sufrió, sino también autorizó este escándalo. El cabo Ordóñez fué el terror y el odio de Riobamba: era una pesadilla este clérigo esbirro andándose con sus soldados por todas partes á buscar libros y prender mujeres enamoradas. El asilo doméstico, violado; el derecho de propiedad, volcado; el pudor, herido en sus soledades, sus secretos, y sus miserias quizá. La mala mujer no ha perdido el derecho al pudor: el pudor es marca de oro imprimida fuertemente en la persona humana: en la prostituta misma hemos de respetar el pudor. Y quién había condenado ya á esa desventurada, para que el obispo se le vaya encima con gente de armas, y la obligue á un matrimonio no resuelto por esos cónyuges que están protestando contra ese enlace á viva fuerza? Este obispo desaforado, especie de verdugo, es el que, por obra y gracia del insigne ladrón Ignacio

Veintemilla, ha venido á ser arzobispo de Quito; y éste el sabio prelado que prohibe á los comerciantes comprar ni vender libros; á los impresores recibir manuscritos, y á los cajistas componerlos, so pena de la vida eterna.

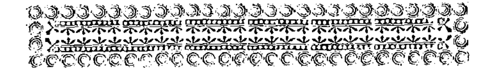
El cajista, empleado mecánico en América, que no sabe lo que está componiendo; el cajista, operario sin luces generalmente; pobre además, que vive de su oficio, se ha de poner á examinar los manuscritos que le entrega el impresor, para ver cuáles acepta ó cuáles rechaza, cuándo incurre en pecado y cuándo trabaja en conciencia! ¡ Mil veces me sucede darme á todos los diablos de que la lengua que hablamos no pueda pasar al escrito, y de que se nos queden á los escritores las más poderosas palabras en los labios, ó no salgan de nuestro gabinete. Oh, cómo se los echara yo redondos á ese obispo! cómo le llamara bruto, si no me lo impidieran la cultura y el buen término de las gentes! Conque el cajista ha de servir de censor, no sólo del autor, sino también del editor y el dueño de la imprenta..... Al cajista que le quisiera dar gusto al obispo, no le

echarían á patadas á la primer intentona? Y este oficial del servicio público, que tiene mujer é hijos á quienes mantener, arriendo de casa que pagar, madre anciana á quien acudir; este pobre laborioso que si no trabaja no vive, ha de abandonar su posición y renunciar á sus medios de subsistencia, porque el obispo, dice que contribuye á la ruina de las almas! Qué país es ese, dirán los que lean este libro; qué pueblo, qué clero, y qué imprenta que así deja pesar sobre la sociedad humana la negra, torpe mano del fanatismo y la ignorancia?

Yo no me decidiría por la persecución arbitraria é inmediata de los malos clérigos; no haría sino restablecer la *Ley de patronato*, esa ley sabia de nuestros mayores, y ponerles el freno de la razón y la justicia. A la corta ó á la larga tuvieran que ser buenos, y, estando en lo posible, ilustrados y útiles; porque yo procurara lavarles el alma y limpiarles la roña que los apesta. No me vengan los liberales con separación de la Iglesia y del Estado: eso es bueno en naciones libres y cultas: á nosotros nos comen vivos los clérigos, si los dejamos de legisladores absolutos en un pueblo

que no hace sino lo que ellos le mandan. Yo he visto negar un párroco la sepultura á un cadáver de familia pobre, mientras no le dieran cien pesos fuertes. Estos dragones nos devoran, son capaces de comerse el difunto, si los dolientes no le cuentan allí sobre la marcha la suma que ellos han menester. Arancel, ó renta fija; y clérigo que se desmanda, lo trato como á ladrón. Francia, Francia misma no se ha atrevido hasta ahora á separar la Iglesia del Estado. La Ley de patronato sin el nefando artículo del fuero, ése es mi programa. República democrática, donde reina el fuero eclesiástico, decid, señores, se puede oir absurdo de marca mayor? En los Estados Unidos, Francia, Alemania, Inglaterra los presidios están abiertos para los criminales condenados por el tribunal común, que sean eclesiásticos, que sean seculares. Cuando no haya fuero eclesiástico en el Ecuador, el obispo Ordóñez se lamentará menos de *la ruina de las almas* y el estrago de las buenas costumbres.





Tristeza y Amargura

"En verdad, Venerables Hermanos y Queridos Hijos, el autor de los "Siete Tratados" ha llenado nuestra alma de amargura, y nos ha causado profunda tristeza, porque se manifiesta muy á las claras enemigo, no solamente del clero, sino de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana".

Del clero corrompido, el clero ignorante y perjudicial, concedo; del clero ilustrado, piadoso y útil, *nego*. Mi veneración por los grandes sacer-

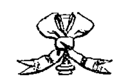
dotes que han sido honra, no de su clase solamente, sino también del género humano, le está dando la desmentida á ese mal hombre tan descuidado de la verdad. Fenelón, Massillón son mis clérigos: el padre Lacordaire, el padre Ventura de Ráulica son mis frailes. No soy enemigo del clero: los fanáticos me infunden miedo, los ignorantes lástima, los perversos odio, los corrompidos desprecio: á Ignacio Ordóñez no le puedo querer ni estimar: es hombre malo, muy malo; de tristes antecedentes, y, si no hay quien le vaya á la mano, de turbias esperanzas. El que ha leido "El padre Yerovi", "El sermón del padre Juna", "El cura de Santa Engracia", me tendrá por enemigo sistemático del sacerdocio? No lo creo. Ordóñez me aborrece más por estas obras, que por los daños que hago, según dice, con mi pluma. Ve allí las virtudes personales y eclesiásticas; humildad, caridad, humanidad, y, sintiéndose incapaz de ellas, le irrita la manera como trato á esos buenos sacerdotes. La hiel que se está derramando de su pastoral no indica al pastor sino al lobo: clérigo lobo. Yo me guardaré más de ese capitán de Satanás, que

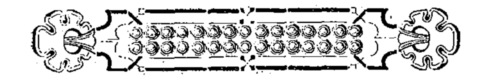
de los enemigos más encarnizados que tengo entre los militares. *La amargura de su alma* es esta hiel de que hablo: Jestas tenía también el alma *llena de amargura.* Los soldados al fin, por mucho que hayan bastardeado, no pueden olvidar que su clase es la del pundonor y el valor; pero los clérigos, los jesuitas.... Dios nos ampare! Yo temo menos la espada ó la pistola del enemigo militar, que los medios ocultos de los criminales de sotana; y aun que los medios públicos; pues si con un sermón ó una pastoral me levanta un obispo ó un cura un motín de gente, no me queda defensa; al paso que al general ó al coronel, si no es el más ruin de los nacidos, le puedo ver la cara y sembrarle una bala en el corazón.

Un cura, un cierto cura ha predicado. Los curas de allá también predican; y predicando, ha dicho que negará la sepultura á los que lean los "Siete Tratados". Qué arbitrio le queda á un cristiano contra malhechores de esta naturaleza? Por dicha los que le oyen y le creen no necesitan de sus amenazas para no leer: viejas del tiempo de maricastaña; devotos barbudos, tontos de capa y zuecos no

leen jamás. Los jóvenes, los inteligentes, los que sienten correr por las venas la sangre del siglo décimo nono; ésos, ni le oyen, ni le creen al cura, animal sin inteligencia ni conciencia; y leen, y hallan gusto en mis arranques de indignación contra los opresores, los apagadores, los chupadores del pueblo. "Todo el que tenga corazón y entendimiento estará con Juan Montalvo", ha dicho un escritor español, á quien le sobran entendimiento y corazón. El obispo de Quito puede mandar á sus curas que entreguen á los perros los cadáveres de los que leen: con esto no hace sino trabajar por la secularización del cementerio, la libertad y dignidad del difunto; el entierro civil, en una palabra. Cuando estos buitres no se consideren necesarios, amainarán. Lo que conviene con urgencia es comunicar alguna luz al que no lee, buscar manera de instruirle, de levantarle el espíritu, á pesar de los esfuerzos de los clérigos, cuyo anhelo es que nadie tenga un libro ni sepa cómo anda el mundo. Ahora poco han disuelto las sociedades populares á fuerza de sermones y amenazas: el aislamiento mantiene la ignorancia; y la ignorancia sufre en silencio el yugo.

El roce de los ciudadanos entre sí les comunica actividad y fuerza: los jesuitas, los clérigos, quieren cadáveres vivos. Todos saben que su regla es la obediencia cadavérica: *Tamcuam ac cadavera.*





Dar buen consejo

"CONDENAMOS, pues, esa obra, porque contiene proposiciones heréticas, máximas escandalosas y principios contrarios á los dogmas revelados".

No les toquen á la bolsa á los clérigos, por que ahí están la impiedad y la herejía. "Dispongan ustedes del infierno como les parezca, les decía un cura de rompe y rasga á ciertos radicales de Colombia; pero déjenme el purgatorio, porque él me da que comer, que beber y muchacha con quien vivir". Se engañaba ese buen pastor de almas: el infierno también

produce, y no poco. Un Pío no sé cuantos, Pío primero, me parece, sacaba, no del purgatorio sino del infierno, almas á precio fijo. Una alma valía algunos miles de maravedises, pues las tasaba en maravedises. El obispo Ordóñez sabe que el infierno produce también, y por eso no quiere que los herejes le pongan los pies en su hacienda. Misas, sufragíos, responsos, ya lo creo, son para las benditas ánimas del purgatorio; pero lo que tenemos que dar cuando estamos en vida para no condenarnos, es poco? Yo debo ser hereje furibundo para los clérigos, porque salgo á la defensa del cadáver, y exijo se le entierre decorosamente, sin rematarle á la madre anciana ó la viuda desvalida la choza, la paila, el burro. Debo ser hereje, porque muestro mi indignación contra las brutalidades de los frailes impíos y soberbios, como sucedió una vez en la puerta de una iglesia. Era un fraile llamado Cartagena, ídolo de las viejas, y más de las muchachas: fraile joven y presumido que se peinaba de copete y andaba oliendo á ámbar y agua de Florida. Pero bravo con la gente pobre, casi feroz. Un hombre del campo, conocido de mi casa, de esos que lla-

mamos *chagras*, vino un día y, con el sombrero en la mano, dijo: Niño Juanito, á sus puertas vengo: Dios me ha dado otro hijo; y mi mujer y yo le hemos escogido á su merced para que nos le haga bautizar. Le abracé á mi *chagra*, y respondí: Trae al niño; ya haremos de él un buen cristiano. Fué vergüenza de verme de compadre, repugnancia del fraile, no sé; pero hice la mala obra de tomar á mi vez una madrina que entrase en mi lugar. Fuí con todo á la iglesia. He allí el fraile que sale de capa de coro: no respetó ni ese vestido, ni ese lugar, ni el sacramento: Bestia! dijo; y le asentó un gentil bofetón á mi suplente. Qué hacer en semejante caso? Tascar el freno, es claro. Reparando en mi presencia el fraile, perdió el calor, y murmuró algunas necias excusas. Dijo que le había dado el bofetón á la madrina, por que no sabía tener al niño. Yo le eché un rayo con los ojos, y le apunté en el libro verde. Se murió el fraile, y se me fué impune; pero yo era una pesadilla para él. Cómo no he de ser hereje?

"MÁXIMAS escandalosas..... " Las podría citar el señor obispo? Acaso

ha hecho caso de mis máximas alguna vez, para que hoy salga atribuyéndome las obras de su vida? Si soy yo quien le ha corrompido, yo quiero ser el que le convierta. Para este fin me parecen adecuadas las máximas siguientes:

Cuando hagas un cargo grave, cita el hecho: de otro modo puedes pasar por malicioso inventor de cosas que no existen.

Si hablas como pastor, sé manso é indulgente: si aconsejas, no olvides que la suavidad, el comedimiento, el amor son caminos del corazón.

Contempla en los errores de tus hermanos, mide su desgracia, y deja que tu alma esté triste hasta la muerte. La cólera, hijo mío, es madre de la injusticia; y el odio no corresponde al que se está llamando padre de sus semejantes.

Sea que corrijas, sea que manifiestes tu opinión acerca de una materia, usa de las fórmulas que la sociedad humana ha inventado para mantener el mutuo aprecio entre los hombres. Ni como persona de buena clase, ni

como sacerdote, y menos como prelado, puedes salirte de los términos fuera de los cuales no hallamos aprobación ni simpatía.

El amor, hijo, hijo mío, lo acomoda todo, enseña y salva. El odio, por más que lo estés llamando amor, no puede permanecer oculto ni engañar con vanas palabras: si amas á tus hermanos, no los maldigas; si quieres librarlos del enemigo, alárgales la mano, mano paternal y bienhechora. Si aborreces, eres aborrecido; si insultas, te expones á recibir el pago en la misma moneda; si condenas como ciego, como torpe, serás condenado á tu vez. San Pablo fué severo, nunca grosero; elocuente, no gritón y difamador; virtuoso, no hipócrita. Los gentiles, al oirle, se pusieron á despedazar las estatuas de los dioses.

Haz que tus hermanos, esos á quienes llamas herejes y blasfemos, rompan las estatuas de sus falsas divinidades, y serás otro San Pablo. Pero si con tus discursos no consigues sino que te rompan la cabeza, ¿qué eres sino insensato, indigno de esa mitra que te ha ensoberbecido?

Seguro está que el señor obispo tenga por buenas estas máximas; le han de parecer *escandalosas*, y ha de condenar también esta obra mía, á causa de estas máximas.



Si la Iglesia Católica ha errado

"CONDENAMOS esa obra, porque en ella el escritor acusa de error á la Iglesia católica, y reprueba el culto de las sagradas imágenes".

Yo no acuso de eror á la Iglesia; no hago sino preguntar: Entre dos papas que se contradicen, cuál es el infalible? Entre dos papas infalibles que se condenan mutuamente, cuál es el errado? Doelinger, el clérigo mememorable del concilio ecuménico del Vaticano, me ha relevado de la nece-

sidad de hacer ver esas contradicciones y esas condenaciones. Contradicciones, por lo demás, que constan en la historia, sin que el sacerdote católico Doelinger haya hecho otra cosa que ponerlas de manifiesto. Montalambert, el conde Montalambert, el ultramontano Montalambert, católico hasta la médula de los huesos, murió sin reconocer la infalibilidad del Papa. Vean pues los clérigos de por allá que no es necesario ser *hereje* para no hacer caso de los absurdos más groseros que ha inventado una secta esclavizadora.

A LOS argumentos de Strossmayer nadie pudo replicar en el Vaticano. Los papas que han comprado la tiara con dinero, pregunto yo, han comprado á un mismo tiempo la verdad eterna? La inspiración divina puede ser mercancía sujeta á regateo? El Espíritu Santo viene por cantidad de moneda acuñada y sellada? Belisario, general de Justiniano, le vendió el papado al obispo Virgilio: tras el contrato sacrílego, el obispo hizo trampa; nunca dió el precio convenido. Es harto conocida en la historia eclesiástica la cruda reprensión de San Bernardo á Eugenio III, por ha-

ber hecho otro tanto que el papa Virgilio. "Podréis enseñarme en esta gran ciudad de Roma, le dice el Padre de la Iglesia con ojos centellantes, los que os hubiesen aceptado por papa, sin haber recibido dinero por ello? Al otro día de muerto Alejandro VI, se halló gravado en su tumba el epitafio siguiente:

Vendit Alexander claves, altaria, Christum:
Emeret ille prius, vendere jure, potest.

"ALEJANDRO vendió las llaves, el altar; vendió también á Cristo. Pudo muy bien haberlos vendido, habiéndolos comprado".

EN esa horrible época del mundo, el papado, no menos que el imperio, salían á remate. Si me contestan que el secreto está en ser papa, y no en el modo de llegarlo á ser, yo replicaré que esos compradores de las llaves de San Pedro han correspondido en todos sus actos á la vil manera de levantarse al trono de la Iglesia. Esteban onceno arrojó en el Tíber el cadáver del papa Formoso, después de haberle cortado los dedos, y lo de-

claró perjuro. Si fué perjuro, Formoso no pudo haber sido inspirado por el Espíritu Santo; y si había sido inspirado, Esteban, su sucesor, que le excomulgó, le mutiló y le echó al río, fué sacrílego. Uno y otro fueron papas, y por consiguiente infalibles. A Esteban á su vez le dieron muerte de garrote, muerte infame: el papa Romano le rehabilitó. No satisfecho de esta rehabilitación, Juan décimo le volvió á rehabilitar. Luego el papa Formoso queda de perjuro. Los clérigos tan atrevidos como ignorantes que salen de estas dificultades con decir: "mentira", pueden consultar la *Historia del papado*, de Platina. Si esto no los satisface, lean los Anales de Baronio, y vuelvan á decir "mentira".

GENEBRANDO, adulador de los papas, llama *monstruo* al hijo del papa Sergio y de Marozia, quien había ascendido al papado á la edad de dieciocho años; y dice que la Iglesia ha sido *vilmente atropellada*. El Espíritu Santo no desciende sobre un monstruo para atropellar vilmente á la Iglesia. Y esos ciento cincuenta años horrendos durante los cuales la Sede Romana fué ocupada por anti-papas,

quienes más fueron *apóstatas que apóstoles*, según las palabras del citado Genebrando, habrán sido época de verdad é inspiración divina? Si la Iglesia actual no reconoce la legitimidad de esos *apóstatas*, la gerarquía queda rota, y esa es la ruina de la Iglesia.

Juan XXII, ó veinte y dos, como dicen brevemente, fué tan audaz, que negó la inmortalidad del alma: el concilio de Constanza lo depuso. O erró el Papa, ó erró el Concilio, no hay remedio. No erró el Papa, puesto que, siendo infalible, no pudo errar; luego erró el Concilio. Pero como el Concilio no puede errar tampoco, estando asistido, como está, por el Espíritu Santo, venimos á parar en que no hubo error en nadie. Luego la inmortalidad del alma.... Peor es meneallo. Dirán quizá que Juan XXII pasó por anti-papa, no habiendo sido legalmente electo. Pues cómo lo depuso el Concilio? Si no fué papa, ¿qué necesidad tuvo de *deponerlo?* Juan XXII reinó, además, y gobernó la Iglesia sin contradicción, hasta cuando lo depuso el concilio de Constanza.

Pío II fué mágico. A este pontífice tenebroso no le inspiraba el Espíritu Santo, sino las deidades sospechosas de las cavernas. Los prodigios que obró durante su pontificado, á nada olieron menos que á divinos; ni él los atribuía al poder del cielo, sino á las potestades infernales. El papa Marcelino, en el siglo tercero, fué idólatra: el culto que rindió á la diosa Vesta, entrando públicamente á su templo, no fué un secreto para nadie. Liborio, en 358, el siglo cuarto de la Iglesia, persiguió á los sectarios de Arrio, condenando su doctrina. Después se volvió arriano él mismo. Si nos acercamos á nuestros tiempos, allí no más están Clemente décimo cuarto suprimiendo la Compañía de Jesús; y Pío séptimo restableciéndola: cuál de estos dos ilustres pontífices erró? Pío nono, declarado ya infalible por el concilio del Vaticano, da una triste prueba de la falibilidad de la Iglesia, cuando declara á su vez *errado* y *nulo* todo lo anterior que fuere contrario á la bula en la cual da reglas para el dicho concilio. Oiga! con que sus antecesores pudieron haber *errado?* El ilustrísimo Dupanloup, obispo de Orleans, ha demostrado en sus famosos discursos lo ab-

surdo que sería decir que el Espíritu Santo no ha empezado á descender sobre el papa sino en año de 1870. El concilio del Vaticano declaró infalible al Papa, desde Lino y Clemente, sucesores inmediatos de San Pedro. Así es que no alcanzamos cómo los Pontífices Romanos que han abrazado desde luego la herejía de Montano, y después la han condenado, han podido entenderse con el Espíritu Santo. El papa Víctor, en el siglo segundo, fué montanista; en seguida condenó el montanismo. Adriano II declaró legítimo el matrimonio civil; Pío VII lo declaró ilegítimo; y no *extra cátedra*, sino *intra cátedra*, en este y en mil otros casos, según lo ha hecho ver el obispo católico Strossmayer.

El arzobispo de Quito que se escandaliza de que yo piense que la Iglesia ha errado alguna vez, vaya á echar sus anatemas sobre los historiadores eclesiásticos; sobre los bibliotecarios del Vaticano, como Platina; sobre jesuitas insignes, como Baronio; sobre cronistas prolijos y verídicos, anotadores diarios de los sucesos del Vaticano, como Estéfano de Infesura; sobre sabios obispos, como Strossmayer; sobre virtuosos canónigos, como

Doelinger; sobre curas y vicarios ilustres, como Michaud; sobre filósofos celebérrimos, como Montalambert; sobre tantos varones ínclitos que en todas las naciones guardan para sí el precioso derecho de pensar y creer según las luces del mundo y los datos de la historia. "Mentira!" ha de gritar, "Mentira!" El primer paso á la felicidad es haber perdido la vergüenza, dijo un famoso caudillo de la Nueva Granada. El ilustrísimo y reverendísimo José Ignacio Ordóñez es completamente feliz: grita Mentira! blasfemia! y se queda satisfecho de sí mismo, regodeándose en su saber. Pero yo que estoy en el centro del mundo civilizado, á las puertas de la Biblioteca Nacional de París, y tengo tarjeta de entrada á las salas reservadas, les creo más á los autores que consulto, que á ese obispo negro, tan áspero como ignorante.

Le llamo negro, no por prurito de insultarle, sino porque me escriben de ese país que nada le ha indignado más á ese aristócrata, que el haber yo dicho en el tratado "De la nobleza" que en la América española, la robusta clase proveniente del cruzamiento

de las razas era la que tenía en las manos las riendas del gobierno, la espada, la pluma y *el cayado.* Parece que el ilustrísimo señor José Ignacio Ordóñez no quiere ser cuarterón, y menos mulato. Pues hagamos que la familia más ilustre de Castilla haya pasado el Azuay, y haya permanecido en esos altos páramos sin roce ni comercio con los habitantes de esos territorios, para que el señor obispo sea noble Grande de España, y esté contento. Pero como yo tengo creido que no hay en Sud-América Zúñigas de Villamanrique y señores Oropesa que no estén en potencia propincua de ser mestizos, ya con un pedazo de indio, ya con un cuarto de africano, muy bien podemos llamarle negro á ese caballerazo, aunque no sea sino para sacarle de sus casillas y ponerle en el artículo de echar excomuniones contra el mundo entero. Por lo demás, salvo le queda el derecho de contestar: Y usted?

Conocida es la benevolencia con que los hispano-americanos tratan á sus criados: llegaba á tal extremo la familiaridad y el flujo por manifestarles cariño, que hasta ahora poco, los que nacían en casa de sus amos toma-

ban su nombre, confundiéndose de este modo con los hijos de la familia, ora fueran negros, ora *cholos* ó híbridos de español é india. Se va perdiendo esta costumbre paternal, y es lástima; si bien ella adolecía del inconveniente de difundir de una manera viciosa los apelativos, notables por ventura, sino del todo ilustres. Ahora los Portocarreros de Varón y los Alburquerques de Cuchicarangui no quieren que sus criados se llamen como ellos. Mientras las instituciones y las costumbres sociales se acercan más y más á la democracia y la fraternidad, el orgullo personal y de familia sube de punto. Era muy noble la condescendencia de los viejos españoles de América, quienes permitían connaturalizarse, digamos así, con ellos á los hijos de sus domésticos y servidores. Si el ilustrísimo señor José Ignacio Ordóñez desciende en línea recta de varón de Don Diego Ordóñez de Lara, el retador de Zamora, no lo podría yo decir, pero si sabe rezar y quiere darle á la contienda cierto sabor místico, válgase de este temperamento. Cuando yo le diga negro, responda:

"Así como nosotros...."

"¡Negro obispo!"

"Así como nosotros perdonamos...."

"¡Negro Ordóñez, hijo de don Paralipómenon de las Tres Estrellas!"

"Así como nosotros perdonamos á nuestros deudores...."

De este modo me daba cantaleta un condiscípulo mío con quien tenía yo discusión y riña de linaje tres veces por semana. Cachazudo, imperturbable, si mis entripados no hubieran hecho operación por las manos, allí me hubiera acabado de morir. Más vale maña que fuerza, señor don Ignacio: no venga usted de las Batuecas, ni se deje poner la mano en la bragadura; que no hay sino enojarse uno, para que todo el mundo se tire á capearlo y darle revolcones. Ni mis reticencias acerca de la infalibilidad, ni mis puntos suspensivos respecto de las penas eternas, ni mis rehiletes á los clérigos le han amohinado tanto, como el que yo hubiese dicho que en la América del sur, algunas veces, la tiara suele ceñir sienes no muy católicas en orden á crisolitud de sangre y lustre de familia. Cosa rara, nadie se enfada más por allá que los mulatos, cuando les achican los cuarteles

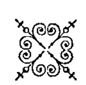
de su escudo de armas: ellos quieren ser completamente aristócratas, grandes señores emparentados con las casas de más antiguo solar del viejo mundo. No hay Tocho ni Capoche que no tenga tíos en España y primos hermanos en Francia; y no tardarán en ser ingleses los Marimbas y los Congos de las tierras calientes, y tendrán cartas con los Oberborys de Inglaterra. Para que un bestión de esos ensoberbecidos con el dinero se le venga á uno encima, no hay sino decirle zambo.

El mayor insulto que se puede hacer á una persona entre esos Pobares de Aragón y Men Rodríguez de Sanabria es siempre relativo al linaje. De lo tocante á la honra ó la vergüenza, no suelen hacer gran caso; pero díganle zambo á un gran señor, ó mulato, ó *cholo*, y allí se va á las manos, cuando no corre á presentarse por difamación y calumnia. Yo no le digo tanto al ilustrísimo y reverendísimo José Ignacio Ordóñez; no le digo sino negro; y eso porque este nombre casa bien con obispo. *Negro obispo* se le puede decir al emperador de Alemania; y al Gran Turco le diera un transporte de alegría si le

insultaran de ese modo. Pero déjese de chanzas el señor obispo, y vamos á lo que importa.

El sistema del Universo de Copérnico fué desaforada energía é impiedad para la Iglesia, quien lo condenó *intra cátedra.* Galileo á su vez fué juzgado por el Santo Oficio, y condenado á la retractación, por haber desenvuelto el dicho sistema y haber aducido pruebas del movimiento de la tierra al rededor del sol. Hoy en el día, ni la Iglesia con ser quien es, se atreve á negar los principios de Copérnico y Galileo; y quiera ó no quiera Urbano octavo, el sol es el centro de nuestro sistema planetario; y la tierra, este grano mezquino en donde nos agitamos nosotros, infusorios invisibles del gran vaso del universo, está girando treinta mil años há en torno del rey de los astros y el príncipe de las cosas. Qué dice de esto *la Santa Iglesia?* Erró ó no cuando condenó como error lo mismo que ahora se ve obligada á reconocer como verdad inconcusa? Don Francisco de Chateaubriand la defiende de este cargo con decir que los griegos habían también condenado ese sistema, cuando persiguieron al astróno-

mo Aristarco de Samos, sobre que había querido remover el centro del mundo, dando movimiento á la tierra. El tirano Cleanto persiguió á Aristarco; luego la Iglesia pudo muy bien perseguir á Galileo. Mal de muchos consuelo de bobos, señor don Frasco. Ahora veamos si el ilustrísimo señor José Ignació Ordóñez halla una contestación menos necia y ridícula que la de Chateaubriand, y si puede razonablemente mandar á los infiernos á los que piensan que la Iglesia ha caído y puede caer en error con infalibilidad y todo. A menos que no eche mano por su contestación ordinaria: "Mentira, blasfemia", ese criollo no sale de la angostura, ni aunque le quiten la carga.



Las sagradas imágenes

¿QUÉ hay con las sagradas imágenes? Acaso yo mismo no he alumbrado muchas veces en las procesiones? Hasta me han hecho llevar insignia, difrazándome de religioso de San Francisco. El maestro de escuela de esos tiempos era capaz de todo. Bien es que Voltaire había sido jesuíta; ó por lo menos alumno, y muy aprovechado, de la Compañía; y Víctor Hugo fué familiar de un clérigo. En cuanto á Juan Jacobo Rousseau, se contentó con salir derrepente vestido de sacerdote armenio:

en un tris estuvo que no anduviese echando bendiciones. A lo menos su mujer, Teresa Lavasseur, vivía persuadida de que su marido era el Papa. Así lo cuenta él en sus confesiones. Tan bestia era como todo esto esa bribona. Estaba yo para decir que moría de gusto cuando, en la procesión del viernes santo, San Juan se perdía de la Virgen; y por otra calle, en hombros de un tropel de indios borrachos, cayendo y levantando, volvía al aprisco, oveja por un instante descarriada.

Las sagradas imágenes son cosa muy respetable. Bajando yo hacia el Guáitara, me tomó la tarde en un pueblo llamado Iles. En los pueblos silvestres no hay más arbitrio que el cura: mi compañero y yo fuimos á casa del cura en busca de abrigo para esa noche. He allí el coadjutor que nos sale al encuentro: Señores, dice, el Guáitara está á dos pasos: en treinta minutos quedan ustedes bien alojados. Siento mucho, pero aquí no podemos recibirlos. Volvemos al camino: A dónde van ustedes, señores? nos pregunta un hombre bondadosamente. Al Guáitara, mi buen amigo. Y pasan ustedes á estas ho-

ras? Van á despeñarse mil veces antes que lleguen á las tres de la mañana, si llegan vivos. Nos quedamos en Iles en la puerta de una tienda; y en tanto que oscurecía, fuimos á ver al otro lado de la plaza cómo unos indios sacristanes estaban disponiendo y componiendo los personajes de la procesión del día siguiente. "Fidel! gritó uno de ellos, ya hiciste tu judío? Tráeme la cabeza de San Pedro!" Vino la cabeza de San Pedro. El sacristán, con desenfado y denuedo, la embonó en un palo; y como zangolotease, la echó á rodar, y dijo: "Esta no está buena; tráeme la de San Antonio!" La cabeza de San Antonio sirvió para hacer el esbirro que debía meterle la lanza en el costado á Jesús Nazareno; pues en daca esas pajas el palo estaba con brazos, piernas, pantalón y casaquín colorado.

Por estrafalaria que fuera mi imaginación, piensan ustedes que se me pudieran ocurrir estas cosas? Son simples recuerdos de viaje: las he visto con estos ojos que se han de volver tierra. *Quod vidimus et audimus testamur.* Cuando me sucede ver una procesion, no puedo olvidar ese épico "Fidel! ya hiciste tu judío?"

Yo también estoy haciendo mi judío: diga el padre Ordóñez si está saliendo parecido. Al mío no le he puesto la cabeza de San Pedro, ni la de San Antonio, sino la de San Ignacio: no me falta sino el pantalón colorado y la lanza en la mano.

Entramos á la sacristía á ver ese parque de cabezas; ni nos hubiera sido posible reprimir esta curiosidad. Allí estaban, en un rincón, amontonadas como cocos, ó como balas de cañón de plaza fuerte; y así servían para hacer San Pedros como para formar judíos. Oh, sí, no postrarse ante *las sagradas imágenes* es cosa de raro atrevimiento.

Sabido es en esos países de poca ley el terror que la leva infunde en la gente del pueblo, y más en la del campo. La leva, que por allá dicen *recluta*, ese bárbaro é infame abuso de la fuerza con el cual se arranca de su hogar al pobre, el hombre de bien, el útil, y se le lleva maniatado á morir en una revolución, ó á servir en un cuartel á palos y azotes. La recluta es el espanto de los hijos de la aldea, los campesinos, quienes se tiran por cualquier despeñadero, antes que

caer en manos de los esbirros. Una noche, en el pueblo de Baños, esa memorable parroquia que quizá no han olvidado los lectores de los "Siete Tratados", estaba en procesión la gente á lo largo de una calle que llaman el Calvario: más de veinte santos, en sus andas, á hombros de los más devotos, andaban por ahí á paso lento, seguidos de su cura, su buen cura, que iba cantando con una cuarta de boca, acompañado por su maestro de capilla. Recluta! señores, recluta! gritó un hombre, viniendo á todo correr de vuelta encontrada. Al otro día el cura con un piquete de viejas de infantería estaba recogiendo los miembros de los santos, de los cuales no había uno solo entero. Cabezas, piernas, brazos, todo entraba en el costal; y cuando se hubo concluido la cosecha, volvió la gente á la iglesia con seis burros cargados de santos muertos. El domingo el cura predicó y excomulgó á los *chagras* que tan mala obra habían hecho; y dijo que primero debían haberse dejado coger y amarrar, que echar de sobre sí *las sagradas imágenes*. Pero la gente no le creyó; y cuantas veces volvió la recluta, volvieron los chagras á tirar los santos y huir á los

montes. La ira del cura se encendía tanto más, cuanto que los puercos, que pacen libremente por las calles en esos pueblos de pocas ceremonias, habían osado toda la noche en el botín de guerra, y roto las casullas de los santos y las naguas de las santas, para gran enojo del síndico, quien no pudo reponer en cuatro años tan grave deterioro. Si piensa el señor obispo que esta es otra invención mía, puede enviar á Baños una comisión eclesiástica investigadora; y los anales del pueblo le harán ver cuán de veras sucedió lo dicho. El reverendo padre fray Vicente Sáenz de Viteri, como á él le gustaba llamarse, era el cura en ese tiempo: aunque él no lo podrá ya certificar, porque para descanso de sus feligreses y purificación de la tierra, Dios nuestro señor tuvo á bien alzarlo ahora veinte años cumplidos.

Si los clérigos hicieran de *las sagradas imágenes* un uso parco, razonable, aun se les pudiera tolerar; pero ese tráfico inmoderado, indecente, no es posible que nos cause respeto, por ciegos, tontos y fanáticos que seamos, como no seamos también pícaros que nos perdemos de vista. La fiesta de

San Juan, en mi lugar, era la ruina de un hombre pobre: vendía el infeliz el caballo, la mula y la mitad de las tierritas que había heredado de sus padres, á efecto de hacer la fiesta. Y él no la había pedido: el cura, un día del año, sube al púlpito y lee la lista de los priostes del siguiente. Personas había que gastaban cuatrocientos pesos en *la fiesta de San Juan*, desvaneciéndose en huracanes de incienso, bosques de pebetes, oropeles para los maderos benditos, polvoradas formidables, *chicha dulce*, roscas en montones y torres, y crecidos derechos para el cura, amén de los cien pesos del sermón. No sé si permanecen con todo su vigor estas tristes costumbres; por que en Francia, gracias á Dios, estoy libre del cura, el obispo, los santos de palo y las viejas devotas.

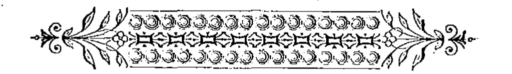
Fiesta de San Juan, fiesta de San José, fiesta del Niño, fiesta de la Virgen de las Mercedes, fiesta de la Virgen del Rosario, fiesta de la Purísima, fiesta del *Corpus*, fiesta de Octava, *las sagradas imágenes*, como dice el cabo Ordóñez, son la California de esos mineros tenebrosos, especuladores impíos que dan engaño por pecu-

nia, y reparten ignorancia á manos llenas. ¿Cómo no há de ser hereje el que dice que la religión ha de ser pura, el culto desinteresado, el sacerdote instruido y amigo de las virtudes? Y los santos milagrosos! y las romerías! Aquí nace en un árbol una Virgen: capilla, romería, dinero para el cura. Allí se ha estampado de noche la cara de Jesús en una piedra: capilla, romería, dinero para el cura. Jesucristo, la Virgen nunca nacen para dar algo al pueblo, para aliviar las necesidades de los pobres; siempre nacen para sacar algo, para llenarle de plata al capellán, al cura, al vicario. Yo querría que esos seres divinos naciesen en árboles y piedras para alivio y socorro de los menesterosos; pero si nacen para que el hombre de poca luz les quite el pan de la boca á sus hijos, y se lo vaya á dar al lobo, sería mejor que no naciesen. El señor obispo José Ignacio Ordóñez piensa de otro modo; y por que yo no pienso como él, me llama hereje y blasfemo. Quiera el cielo que cuando él sea santo de palo, le saquen en la procesión, para que llegue la recluta, y los puercos le osen toda la noche, y le coman las orejas, y le rompan la casulla.

A LOS indios, ¡á los indios! les obligan á hacer fiestas; y una de estas orgías eclesiásticas los esclaviza para muchos años á esos desgraciados. El indio, en todo el día, gana medio real: con esto han de comer y vestir él y su familia. Pues á este rico hacendado, para que sea buen católico, le obligan á *hacer fiesta*. Se vende el miserable, hace la fiesta: el cura le extorsiona ocho ó diez pesos; el coadjutor ocho ó diez reales; el sacristán siquiera cuatro. Tras esto comida, bebida para sus compadres: derecho de cera, tributo de campana, piso; alcavala canónica; chapín de la reina, esto es de la moza del cura, ¿qué no tienen que dar el pobre *chagra*, el pobre indio! Ni las ánimas benditas del purgatorio les perdonan, y salen con la boca abierta á llevarse cada una su responso en los dientes. Cuándo se desempeña el indio? cuándo se repone el chagra? El señor obispo dice que en la gente del campo la palabra del sacerdote es poderosa, y que esos son los que saben apreciar la religión y la elocuencia sagrada. Estas fiestas plebeyas son de menor cuantía: San Roque, San Isidro son para los indios: los caballeros hacen fiestas á San Juan, la Virgen, el Santísimo.

Caballeros hay tan brutos como los indios, que todavía se dejan nombrar priostes, y hacen fiestas. Pero no están viendo esos desventurados que ese pedazo de palo no es persona humana ni divina? La idolatría de los gentiles nunca tomó formas así tan groseras y ridículas como la idolatría de nuestros tiempos. Los clérigos dicen que esos monstruos embarnizados, vestidos de ropa vieja que les dan de limosna, son las imágenes de los verdaderos santos: los gentiles no decían otra cosa: sus ídolos no eran sino las imágenes de los dioses que estaban en el Olimpo: en qué se diferencian estos dos cultos? El catolicismo es el plagiario más inverecundo que hay en la tierra: todo lo que le conviene, todo lo que produce algo, lo ha tomado de las religiones antiguas: budismo, paganismo, judaismo son sus tributarios; y mírenlos ustedes á los clérigos echar á los quintos infiernos á todo el que les hace un recuerdo, una observación, y les va á la mano en sus asquerosas granjerías. Sus soberbias, sus avaricias, sus lujurias, sus iras, sus gulas, sus envidias, sus perezas son su religión. La religión está en su bolsillo; nadie la toque, por que ella, he-

rida, tiembla, y llueve fuego sobre los malditos. Mi religión es más elevada, pura, y digna de la Divinidad y de la criatura humana: en vez de adorar un pedazo de madera, no sería mejor adorar una virtud, y mandar tras ella el corazón á Dios? No, la virtud no da nada, y todo lo que no da algo al obispo, al cura es blasfemia y condenación. Pues yo digo que me tengo por muy desgraciado de haber nacido en países y tiempos donde la razón y la conciencia no han amanecido; y que si me hubieran consultado, yo hubiera pedido venir al mundo de aquí á cuatro mil años, cuando los hombres, de progreso en progreso, de triunfo en triunfo, hayan llegado á la verdad y la luz, en cuanto ellas se compadecen con las facultades intelectuales y morales de la especie humana.



Las penas eternas

"CONDENAMOS esa obra, porque en ella habla el autor de la eternidad de las penas del infierno de una manera tal, que da á entender muy á las claras que no cree en ese dogma, ó hace como si no lo creyese, burlándose de él".

Si no hubiera infierno común para todos los malos, yo le pediría á Dios un infierno especial para el obispo Ordóñez y sus clérigos. Sí, sí hay infierno, canallas! La mujer del prójimo, la vaca del pobre quitadas en este mundo, allí las habéis de pagar y purgar cinco mil años. Nadie más

que yo tiene interés en el infierno: ya que en vida no puedo reprimir y corregir á los pícaros, tengo necesidad de consolarme con las penas eternas. Eso se quisiera el padre Ordóñez que no hubiera infierno; así se quedara riendo de las gracias de su vida, y habría comprado baratas sus impunidades. Ahora mismo está faltando á la verdad y cayendo en felonía, pues lo menos que sostengo en mis "Siete Tratados" es que el infierno es muy conveniente; y que por esto, sin duda, no hay pueblo antiguo, de los sabios, que no haya tenido infierno, cada cual á su modo y según su imaginación. El Tártaro de los griegos es mucho más poético y respetable que el infierno de los católicos: ese río estupendo que sale de los abismos con ruido aterrador, es cosa soberbia. El Aqueronte, el Cócito, el Cancerbero valen más que el ruin infierno de los clérigos de hoy, donde no hay sino ollas de agua hirviendo y tal cual diablo mal comido con un garfio en la mano. Pero aun así yo quiero que exista: del lobo un pelo. Si estoy errado en esta convicción, dejadme, oh dejadme este error que me consuela, para repetir las palabras de Catón. El padre Ordóñez y su conventículo

de Zugarramurdi ¿á dónde se habían de ir, si no hubiera infierno?

Hombres menguados é inconsultos, no sería mejor que todos nos conviniésemos en que no había infierno? Qué cuenta nos tiene este porvenir de chuzos encendidos y estas horribles desolladuras con que nos complacemos en regalarnos para la vida eterna? Unámonos por mutuo consentimiento, y vámonos al cielo todos juntos, que allí seremos felices y aprenderemos á ser buenos y caritativos. No, yo no me uno con pícaros, con tontos, con canallas, con embusteros, con envidiosos, con cobardes, con ruines, con difamadores: el padre Ordóñez y su cardumen no cuenten conmigo. El infierno ha sido creado justamente para ellos; y no he de ir yo ahora, á título de fraternidad y filantropía, á entregarme al diablo en tan mala compañía. Quedamos, pues, convenidos en que hay infierno; y no se me moleste más con decir que no creo en él. Sí creo, bribones, sí creo! Creo en que los clérigos viejos llevan ya sesenta años de camino, y están á dos ó tres jornadas de la gran puerta, esa donde Dante Alighieri ha escrito con su dedo profético:

Lasciate ogni speranza
Voi qu' entrate!

Los jesuitas tienen la mala maña, cuando disputan acerca de cualquier materia, de decir que sus adversarios no creen lo que están diciendo: con este artificio y embuste los jorobaban á Jansenio y los de Puerto Real. El ilustrísimo señor José Ignacio Ordóñez quiere echarse sus collares de jesuita: su modo de dilucidar las cuestiones es decir que su contrincante dice lo contrario de lo que piensa: así yo aparento no creer en el infierno, cuando en realidad creo en él. Y qué ganaría yo con esa intrincada manera de proceder? Irme más pronto y más derechamente allá? Pues yo digo ahora, y tengo derecho de decir, que él es el que no cree en el infierno; y por eso no se va á la mano en sus antojos, ni se priva de lo que pone en peligro la salvación del alma. Nó, el señor obispo no cree en la eternidad de las penas del infierno: si da á entender que cree en ellas, lo hace de bellaco. Su opinión es que las penas del infierno son temporales; y sostiene que ellas no principiarán sino el día del juicio final, cuando los muertos recobren sus miembros; pues de otro modo, dice, ¿qué sería lo que se

quemase en el infierno? El alma, sustancia invisible é impalpable, no está sujeta á los padecimientos físicos, ni puede bogar el remo en los mares profundos de debajo de la tierra. Así es que su señoría ilustrísima no comprende cómo los frailes exponen en las paredes de sus conventos esos cuadros tremebundos, donde los condenados, con la boca abierta, están recibiendo el plomo derretido que le encajan los diablos. El alma no tiene boca, dice el cabo Ordóñez; el alma no tiene estómago; el alma no tiene gaznate; ¿cómo traga el plomo, y las sabandijas que allí se les ofrecen? y en dónde depositan esas merendonas poco envidiables? Cuando el señor obispo les hace alguna de estas preguntas indiscretas á los buenos católicos, lo que estos hacen es enojarse, y echar maldiciones, y excomulgar á la gente. Por mal que yo le quiera á ese clérigo, no estoy lejos de darle un tantico de razón: efectivamente, si el cuerpo se queda en el cementerio, ¿qué piernas son las que les están desgarrando á los condenados los demonios en las pinturas de los conventos y las iglesias? qué brazos se los arrancan tira y más tira? qué lengua le sacan una vara, y qué ojo le re-

vientan adrede? Qué tripas le están hilando hacia fuera, ni qué hígado se lo está comiendo ese buitre? Es dogma de la religión católica que el alma no se volverá á unir con su cuerpo, sino el día del juicio ; y es cosa notoria que el dicho cuerpo se convierte en polvo y ceniza: luego qué lengua.... y qué tripas.... y que hígados....? Piense como hombre sensato el señor obispo ; mas no lo diga, no sea bestia le han de : hacer matar los clérigos, ó le han de matar con sus manos. Lo que conviene es que haya sapos y culebras en el centro de la tierra ; y que el espíritu, invisible, impalpable, imponderable, sustancia misteriosa, tenga ojo que le revienten los frailes, hígado que le coma el cura, lengua que le chupe el sacristán, y tripas que vaya tirando é hilando el obispo hasta la consumación de los siglos. Puesto que no podemos vivir sin infierno, que haya infierno, y que haya diablos, y que haya sabandijas, y que haya clérigos, y que haya perros con mal, y que haya curas, y capellanes, y sacristanes, y arzobispos: yo paso por todo: ¿está contento el ilustrísimo y reverendísimo José Ignacio Rasgúñez, monseñor del Arroz Seco, obispo de Pilis-Urcu?

INFIERNO .... infierno .... Qué más infierno que vivir rodeado de estos alacranes que le pican á uno á cualquier lado que se vuelva, y le dan hinchazones y calentura. Yo tengo para mí que un ciempiés de estos que anda arrastrándose metido en su vaina negra, es instrumento de suplicio mil veces peor que las horquetas y las uñas de acero con que los demonios desgarran las carnes de los precitos. El infierno está aquí en el mundo: aquí, aquí lo padecemos y lo devoramos; y cuando se nos acabe esta miserable vida, entonces dejaremos de llorar y gemir, y nos sepultaremos en el profundo olvido de la nada eterna, ó principiaremos á ver y saber lo que es felicidad, bañados en luz de gloria, saboreando las sensaciones desconocidas para nosotros, que nos están esperando en el abierto, fulgurante espacio donde caerá gloriosamente el espíritu de los hombres buenos. Los alacranes y los ciempiés no van allá; y menos los clérigos cargados de pecados de cocina, que son los peores, por que huelen á aceite. Allá todo es sabor divino y olor embriagante de flores que brotan y se abren en el infinito, calentadas por astros más grandes,

claros y benéficos que el sol que ilumina la tierra. En cuanto á mí, tanto me han perseguido y molestado los ciempiés en este mundo de insectos y reptiles, que de buena gana me desvanecciera á la vista de todos, y subiera convertido en sustancia invisible á derramarme en atmósfera más pura, y á inflamarme con rayos de más saludable influjo.

Clérigos, ah clérigos.... Un día vinieron dos clérigos á mi casa, á honrarme con su visita, después de los siete años de mi primer destierro. No desterraba para menos que para toda la vida el reverendo padre fray Gabriel García Moreno. Si Faustino Rayo no le santigua con un machete, yo no vuelvo nunca á mi país, es cosa notoria. Verdad es que no vivía muriéndome por los trogloditas del Ecuador; pero cuando fué posible volver, volví, no lo niego. Hé allí mis dos clérigos á visitarme, como queda dicho. Llamábase el uno Leopoldo Freire, el otro Vicente Pástor. Chancearon como gente llana, me dieron un poco de matraca respecto de mis *ideas avanzadas*, como dicen los galiparlistas, y se fueron de muy buen humor, sin haber dejado el pe-

llejo en mi casa, según ellos lo habían temido al entrar. Yo soy hombre que mato á mis visitas, dicen los ciempiés políticos y literarios, quienes piensan que á falta de espada, buena es la piedra. Para la perversidad y la envidia, toda arma es buena: á este no le podemos llamar ladrón, ni vil, ni canalla, ni vendido, ni empleado perpetuo, ni tonto, ni cobarde; pues echemos fama de que es un tigre. Mis dos clérigos habían entrado temblando: á la vuelta de cinco minutos se estaban riendo con admirable franqueza en mi cuarto. Quién hubiera creído, decían; nos habían dicho que usted era un tigre. Los ciempiés dicen eso, mi doctor Freire, los ciempiés. Y era de oir las carcajadas de los clérigos. De este buen canónigo; que el otro era cazurro y metido dentro de sí mismo.

Las testas coronadas, cuando se visitan entre ellas, pagan la visita el mismo día que la reciben. El príncipe de Gales está saliendo del Eliseo, cuando viene á París, y el presidente de la República francesa sigue tras él á volver el cumplimiento. Como ni mis clérigos ni yo somos reyes ni emperadores, yo dejé transcurrir cuatro

días para pagarles la visita. Hallé á *monseñor* Pástor en su casa. Entre los trogloditas de mi tierra no hay sacristán que no sea monseñor: les gusta monseñorearse entre ellos, sin saber lo que es monseñor. Cuando el ilustrísimo y reverendísimo José Ignacio Veintemilla resolvió entregarse á los clérigos, empezó á tratar de *monseñor* hasta á las mujeres de los clericales. "Este bruto, dijo una vez un famoso *terrorista*, habrá querido burlarse de mí, ó lo hizo de tonto: ha tratado de monseñor á mi mujer durante toda la visita". De buena fe el pobre mudo: quería quedar bien, y la llamaba monseñor.

Monseñor Pástor estaba en su casa, iba yo diciendo. Con el sombrero en la mano, atenta y cortésmente llego á media sala, y saludo: "Señor prebendado". Ni dió un paso á recibirme, ni pronunció mi nombre, ni dejó ver indicios de haberme conocido el clérigo malvado. Debía ese homenaje á la turba de devotos que le estaba rodeando en ese instante, y me hizo un agravio de esos que hieren la vanidad, y aun la dignidad de un un hombre que algo supone. Cuando fué á mi casa, fué á tenderme un lazo:

fué á obligarme á ir á la suya, para tratarme de ese modo. Esta es la buena fe de que siempre han usado los clérigos conmigo. Monseñor Pástor nunca más se atrevió á mirarme á la cara: cuando su mala estrella le deparaba un encuentro conmigo, lo que hacía era clavar la quijada en el pecho, y pasar como un difunto. En esa postura le cumplió su palabra al diablo: se murió clavado con él mismo; é hizo bien de morirse; por que figúrense las gentes el castigo que yo le hubiera dado la primera ocasión que se me hubiera presentado á la memoria!

El otro es un buen hombre, hombre bueno y excelente sacerdote, dicen. Tiene en su favor el haberse rehusado á aceptar una mitra, por humildad. Para que vean los radicales que puede haber y hay clérigos buenos; y para que vean los clérigos que no soy *enemigo ciego* de la clerecía. Tengo amigos entre ellos; y curas viven en cuyo convento he tomado buenos vasos de *morada*. Pero Juanito, me decía uno, oiga misa. Per o don Juan, me decía otro, no sea tan volado. Don Juan no se vuela sino con los á quienes debe volar por sus

maldades; y oye misa en las cumbres de los montes y las soledades del Océano. Su templo es el universo, sus altares están más cerca del Todopoderoso. Por lo demás es buen muchacho; hasta les paga las visitas á los clérigos, y huye de entrar en controversias desagradables, ni en su casa, ni en la ajena. Al clérigo Ordóñez sí le traté como á perro una vez que vino á la mía en París. No tiene sino quererlo, para que yo diga el por qué en otra mercurial, y describa á mi modo la escena que ahora está excomulgando. Ese perverso tiene entrañas de Satanás; pero ha llegado quizá el San Miguel que le quebrante la cabeza.





La honestidad de las costumbres

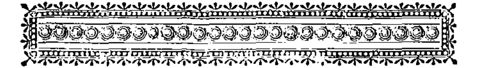
"CONDENAMOS esa obra, porque la lectura de ella no puede menos que causar grave daño en la honestidad de las costumbres".

PERO él no había leido mi obra cuando estaba en París ahora seis ó siete años; por qué viene á culparme el grave daño en la honestidad de sus costumbres? Con el breviario en el bolsillo de la sotana le cogieron en la cocina, no con los "Siete Tratados". El Gobierno de la República del Salvador ha mandado comprar todos los ejemplares que

se hallaren de ese libro, para dedicarlos á las bibliotecas nacionales y los planteles de educación, como de *buena* y *útil* lectura, dice la orden publicada en la gaceta oficial. El Gobierno de Venezuela ha remitido al autor de esa obra la condecoración de *El Busto del Libertador* destinada á los escritores útiles, dice el diploma, que se distinguen altamente en las letras humanas. La Academia Franco Hispano-Portuguesa de la ciudad de Tolosa ha inscrito su nombre en sus Anales, y le ha nombrado miembro de ella, á causa de los "Siete Tratados". Cantú, sabio italiano; Reiss, sabio alemán; Hugo, gran francés; don Juan Valera, don Pedro Antonio de Alarcón, académicos españoles, le han dirigido cartas sumamente honrosas. De quién he de hacer caso yo, del padre Ordóñez, ese clérigo semi-bárbaro que mata brujos, ó de estos ínclitos varones que así resplandecen por los conocimientos humanos como por la limpieza de costumbres? Ahora vea el efecto que producen los "Siete Tratados", como obra de moral, en los hombres que saben lo que ella es, hombres cuya inteligencia va á un paso con el corazón. "Desde hace tres años, dice el escritor espa-

ñol García-Ramón, sólo don Juan Montalvo ha conseguido del todo entusiasmarme; y veo que mi entusiasmo era fundado, pues un *ilustrísima* de Quito ha condenado el libro, dando al orbe una muestra de sus muy claras luces, de su peregrino ingenio, de su sapiencia suma. Ministro del que dejó en el mundo la sublime moral, condenar el libro más moral que han producido los últimos veinte años!"





Nuestro adorable Redentor



"EL escritor dobla la rodilla ante nuestro adorable Redentor, pero es para darle sacrílegas bofetadas en su rostro divino".

ALUDIENDO á este pasaje del libelo eclesiástico dije al principio que el obispo, el mal obispo, desfiguraba mis escritos, y aun faltaba descaradamente á la verdad. Por qué no rebate mis opiniones y destruye mis errores, si los halla en mi libro á este respecto? Todo el que lea mi retrato

de Jesús, si es persona inteligente y de conciencia, dirá: Dónde están esas bofetadas? Todo es amor, todo respeto; y basta contemplar "esa mirada casi infinita donde la inmortalidad está yendo y viniendo en ondas de gloria; esa boca por la cual se asoma á cada paso el Verbo Divino; ese porte majestuoso; esa mansedumbre grave; ese amor que experimenta ó infunde, como afecto superior á lo humano"; basta ver esto, digo, para que cualquier lector de buena fe exclame: Ese obispo trata de difamar, oculta la verdad, y falta infamemente á ella. Hubiera él podido jamás expresarse respecto de Jesús en los términos que saliendo de mi pluma *le han hecho tan amable*, según las palabras de un crítico francés? Cuando no es tonto es bellaco ese obispo. Mas tenga cuidado, porque yo puedo salir de mi moderación, y hacer del esbirro de García Moreno, el compinche de Ignacio Veintemilla, el rival del cocinero Bautista, un personaje célebre, si me es posible, en la literatura americana. Ya es mucho sufrirlos á estos bribones, que no han de parar hasta no enfurecer á la plebe á fuerza de mentiras y patrañas, y hacerme asesinar, si pueden haberme á

las manos. Tenemos todos derecho á la vida, y por consiguiente á la defensa. El Vicario de Cuenca le está quitando el sueño al arzobispo de Quito. Cuando salió por las calles á gritar: Maten á los herejes! no supo que algunos años después tendría un paisano más adelantado en *buenas intenciones*. Qué opinión sacarían de esos países los académicos franceses cuando, salvando la vida ellos mismos á duras penas, dejaron en pedazos á su secretario en manos de los clérigos? Mucho, mucho hemos andado, es cierto, y lejos nos hallamos de esa negra época. Mas hay una excepción horrible de tiempo y de lugar: yo estoy persuadido de que si el clérigo Ordóñez se propone hacer matar á un liberal con el pueblo, lo hace el día que le dé la gana. El echa su pastoral de muerte; los curas suben á los púlpitos; los capuchinos y los de San Diego se tiran á las calles con cristos en las manos; los jesuitas atizan; los devotos y los frailes de capa hacen repartir aguardiente; el pueblo pierde el juicio, y ay del que caiga en su poder! La reacción sería espantosa, es verdad; porque los estudiantes, los jóvenes, ese elemento de salvación y de vida, no tardan en encenderse á

11

su vez; y cuando ese mar se encrespa, y ruje, y se rompe en olas bravas, el naufragio de los inicuos es inevitable. Yo que he visto trescientos jóvenes en mi casa una hora después de una tentativa de asesinato sobre mí, gritando todos, y pidiéndome los deje ir á casa del infame Ministro de Estado que había mandado hacer eso, ¿qué derecho tengo para dudar de los jóvenes ni para temer que viesen con indiferencia mi sacrificio por parte de los clérigos de Cuenca? Cuando todo esté perdido en ese país, algunos jóvenes saldrán con las insignias de la patria ocultas en el pecho, y salvarán la libertad y la civilización. Jóvenes, oh jóvenes, vivid, creced, salvad la patria!



La nidada de víboras

"EL desgraciado escritor nos ha regalado pues, en sus "Siete Tratados", una nidada de víboras en cestillo cubierto de flores".

DESDE Cleopatra, la gente de mal vivir muere así. En cestillo cubierto de flores viene la víbora que la va á picar á la bella cortesana. No tan buena moza como la reina del Nilo el cabo Ordóñez, pero se le puede hacer ese regalo; y qué más se quiere que le brinden con un cestillo de flores, cuando él está mereciendo suerte menos olorosa? Si ellos me dan de comer de día y de noche en el infierno

sapos y lagartijas, yo les he de dar culebras siquiera una vez al año. Y aun puede ser que de este modo les cure el mal de rabia, por el aforismo de Hipócrates: *similia similibus*. Veneno con veneno.

El célebre doctor Pasteur ha descubierto el medicamento de la rabia; es la rabia misma. Les inocula á los animales rabiosos el virus rábico, y le está saliendo bien la experiencia. De atenuación en atenuación, el virus rábico pierde su fuerza y desaparece. Admirador de Hipócrates, yo quiero también poner en práctica su principio, -*similia similibus*: culebras con culebras; víboras con víboras, los he de curar, canallas! Y después han de tener que agradecerme. Si no se quieren curar, que se mueran: no es tanta mi filantropía que vaya á tomarme la molestia de amarrarlos para hacer en ellos la consabida inoculación. El Gobierno de la República francesa se propone hacer un vasto establecimiento en el bosque de Meudón, para que el doctor Pasteur plantee sus aparatos científicos. Monseñor Ordóñez, sus vicarios, sus canónigos, sus curas y sus predicadores pueden venir á París. Fran-

camente, yo no tengo amistad con el doctor Pasteur; mas por medio de Monsieur Renán no sería difícil que fuesen bien recomendados al bosque de Meudón, donde el príncipe de los químicos modernos podría curarlos por el método de Asclepiadeo, – cierta, pronta y agradablemente. *Tuto, celeriter et jocunde.*





La desnudez del alma

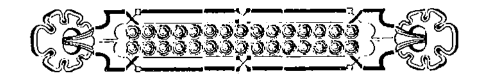
"OJALÁ Dios nuestro señor se digne concederle la gracia que tanto necesita para reparar los daños que ha causado con su pluma. Esa gracia de la cual el escritor tiene tanta mayor necesidad, cuanto menos conoce la desnudez y la pobreza de su alma".

SI no conozco la desnudez de mi alma? La conozco, y por eso vivo alto en el orgullo. Alma desnuda, como la verdad; desnuda, como el amor. Todo lo puro, limpio, legítimo es desnudo. La verdad, desnuda; acabo de decirlo: el amor, desnudo.

Los ángeles, desnudos vuelan por el aire en sus veloces alas. El agua del mar, cristalina y transparente, es desnuda: el charco inmundo sin movimiento, renovación ni ventilación está vestido de yerbas malsanas, algas venenosas y telas verdes y nauseabundas. Ignacio Ordóñez, agua de charco, no puede compadecer al agua de mar, que viaja de polo á polo en majestuoso vaivén. Los árboles superiores, los admirables, son desnudos: su cuerpo, limpio, se levanta en medio de la selva, y en su cumbre se sientan las aves del Paraíso. Los arbustos vestidos de musgos y parásitos no son los señores de los montes ni de los jardines. Si quieres ser grande, respetable, desnúdate, Ignacio Ordóñez, y flota como las ondas del Océano, ó levántate como el cedro del Líbano, infundiendo veneración con tu sublime corpulencia. No, no te desnudes, desgraciado: si los pecados te han comido la carne de los huesos, has de ser cosa fea de ver. No te desnudes: esos eslabones en las piernas, esos costurones en la espalda no son de la codiciable desnudez de la belleza, ni de la santa desnudez de la virtud. No te desnudes: manchas verdes, placas amarillas, abolladuras

negras y húmedas, botones enormes son tu segundo vestido: no te desnudes. Almas como la tuya están cubiertas, vestidas de muchas telas: vestidas de soberbia, vestidas de avaricia, vestidas de lujuria, siete veces vestidas. Las pasiones insanas son camisa en los perversos: los vicios son el segundo alto de las almas no desnudas; y los delitos, capa de coro. Mi alma es de buen temperamento: la espada del ángel del Señor calienta agradablemente la atmósfera en que ella vive; esa espada que echa santo fuego y disipa el hielo con que las potestades infernales están amenazando desde el principio del mundo la morada de nuestros padres.





La buena ocasión

"HA llegado la ocasión de levantar enérgicamente nuestra voz para condenar un escrito que merece la reprobación de todo buen catolico, de todo el que ame de veras á la Iglesia".

No sólo ha merecido ese escrito la aprobación, sino también el aplauso de muchos hombres ilustres, filósofos profundos y poetas insignes. Si éstos aman de veras á la Iglesia de Ignacio Ordóñez, no sé; pero sé que tienen amor á la sabiduría, procuran no alejarse de la virtud, y viven con Dios por medio de las buenas costum-

bres. La Iglesia, eso que llaman Iglesia los clérigos semibárbaros de ciertas Repúblicas de América, puede no merecer el aprecio ni el cariño de los buenos cristianos. Si me dan una Iglesia alumbrada por la luz divina, donde esté resplandeciendo la verdad, y las virtudes en forma de música nunca oída suenen y embelesen á las almas puras; si me dan esta Iglesia, entro en ella y me postro ante el sér invisible que me levanta el corazón y me ilumina la cabeza. Pero esa aduana del pensamiento donde las grandes ideas, los nobles arranques hacia la libertad y el bien del género humano; las lecciones provechosas; los consejos de la sana razón, las máximas de la filosofía, las enseñanzas de la historia, los primores del arte, las inocentes distracciones y los solaces con los cuales el hombre contrarresta los dolores de la vida; la aduana, digo, donde todas estas cosas son artículos de contrabando confiscados inexorablemente por los espectros negros que están á la puerta; esa aduana no es mi Iglesia.



El juicio de Dios

"ALZANDO alto nuestra voz llamaremos á las tinieblas tinieblas, á la blasfemia, blasfemia, porque solamente tememos dos cosas: el juicio de Dios y las alabanzas de los perversos".

Y AL *sargent de ville* ó jendarme ¿no le teme? Parece que sí, puesto que perdió el color cuando le vió entrar á su cuarto. Por desgracia el jendarme se llevó al cocinero, en vez de llevarse al obispo. Desde entonces ha quedado éste así tan valiente, que nada teme. El juicio de Dios, haçe bien de temer; por que si el

justo apenas estará seguro, ¿qué será del pecador contumaz, el hipócrita, el perseguidor de sus semejantes, el hombre desgraciado cuyo pan es el odio, cuyo vino es la hiel?

Quid sunt miser tunc dicturus?
Quem patronum rogaturus
Cum vir justus sid securus?

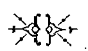
Tema, tema el juicio de Dios; nadie más que él debe temerlo. Pero no lo teme; el que falta á la verdad con mala intención, no teme el juicio de Dios. El que engaña al pueblo, le irrita y le excita contra sus hermanos, no teme el juicio de Dios. El que maldice, condena y roba la esperanza de los hombres buenos, no teme el juicio de Dios. Ignacio Ordóñez no lo teme, por que no es el *vir justus* de Job ni del Salmista.

"Alzando alto nuestra voz llamaremos, á las tinieblas, tinieblas; á la mentira, mentira; á la blasfemia, blasfemia".

Y cuando alce bajo la voz ¿qué sucederá? El sistema del *pan pan*, amigo Ordóñez, no es para un obispo. Los soldados de mala educación, fanfarrones y matasietes, en sus arran-

ques de coraje y valentía, suelen llamar pan al pan y vino al vino. *El pan pan, vino vino* lo aprendió usted, sin duda, cuando fué Cabo Pimienta con grado de alfajor? En los cuarteles se oye mucho *pan pan*, mucho *vino vino*, y otras cosas un tanto fuertes, esa que Horacio señala para comida del verdugo, verbigracia. El *pan pan*, todavía se le podrá sufrir á monseñor manteca; pero si viene á echarnos esos tacos que promete, con mil diablos, yo no le aguanto. En cuanto á *las alabanzas de los perversos*, le está sucediendo lo que no quiere; pues no le alaban sino sus curas, y tal cual fraile de levita que tiene mucho gusto de verle de carnaza, en tanto que ellos están en cobro tras ese grifo *invulnerable*. Los perversos le alabaremos también de cuando en cuando: diremos que es buen muchacho, aunque no muy feliz en amores: diremos que entiende de cocina, por otro estilo que Alejandro Dumas. Si bien es verdad que no debe de entender mucho, puesto que se le pasmó la torta y se le fué el condumio á la ceniza. Por lo demás, ya que estamos en vena de alabarle, diremos que es gente de iglesia, no siquiera por vocación, por inclinación, sino por ban-

carrota de amor y por despecho. Hallándose un día en la sala de su cuñada, mirándola despacio, y riéndose como cernícalo, dijo: "A esta Merceditas le debo lo que soy: quién hubiera creído que las calabazas se me hubieran convertido en mitra". Mucha fortuna fué la suya de salir así patas arriba; pero tenga cuidado que la mitra no se le convierta en calabazas. Dirá él que los más insignes obispos han sido obra de un despecho. Falso: obra de un arrepentimiento, puede ser; como el obispo de Hipona, ese gran libertino que luego fué el más sabio de los Padres de la Iglesia. Pero Agustín, si hubiera querido, se hubiera casado, porque era gentil mancebo y conocía la senda del corazón femenino. El no tuvo que dejar las calabazas á la puerta de la iglesia, como el ilustrísimo y reverendísimo José Fideos.





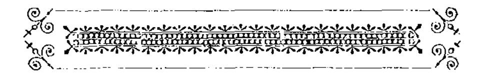
Más cuaresma

EL tiempo de cuaresma es tiempo saludable, Venerables Hermanos y Queridos Hijos; tiempo de salvación: no lo dejemos pasar en vano para nuestras almas".

LA ocasión es calva: si no se cogen de esta cuaresma, se los llevó el demonio: Padres, Hijos y Hermanos se van en confuso montón á los infiernos. Y á los Tíos, y á los Primos, y á los Cuñados por qué los dejan? Sería también conveniente se llevasen algunas Abuelas; y no estarían por demás unas cuatro docenas de Suegras. Hasta á los infiernos

12

quieren irse con mayúscula estos frailes vanidosos. Cuando hablamos de la segunda persona de la Santísima Trinidad escribimos Hijo: el cabo Ordóñez pide mayúscula aun para sus cuarteroncitos: no faltaba otra cosa. Pues no señor: allá ha de ser ignacio ordóñez; y cuando se empeñe en ser José, ha de ser josé morocho. En tiempo de cuaresma se le permite que se firme José Ignacio Escabeche; y no lo llevaremos á mal si el día de pascua de resurrección toma el nombre de Pepe Tamales. Todo es cocina, amigo: no le falta á usted sino la montera blanca de los cocineros parisienses. Donde me va bien, allí es mi tierra, señor don Ignacio: usted estará en el infierno como en su casa; y matará puerco, y tomará pioquinto, y hará por no desmerecer de nuestros mayores, esos buenos gachupines de marras que no cometían otros pecados que los que dictan la malicia y la fragilidad humana, según usted mismo sentó al principio de su pastoral. Pero mire que los yangüeses no estén por allí cerca; que si están, sobre las calabazas vendrán las estacas, sin que ni mitra ni yelmo de Mambrino les importen un ardite á esos desalmados.



Pro gratiarum actione

"FINALMENTE para dar gracias á Dios Nuestro Señor por los muchos beneficios que tan misericordiosamente se ha dignado conceder en estos últimos meses á nuestra República, ordenamos y mandamos que desde la primer domínica de cuaresma hasta la domínica de Pasión, todos los sacerdotes de nuestra Arquidiócesis recen en la Santa Misa la oración *Pro gratiarum actione*".

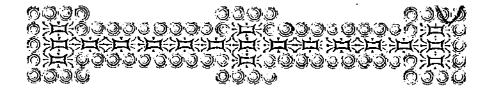
EN pueblos donde la Iglesia está ligada al Estado, yo no digo que los

clérigos no tomen parte en la política; ni les he negado jamás el derecho de representación. No porque son ministros de la Iglesia dejan de ser ciudadanos; ni es conveniente que el amor á la patria y el interés por la comunidad sean sofocados por las leyes en una buena parte de los hijos de la República. Los políticos y hombres de Estado más insignes de nuestros tiempos han sido eclesiásticos, desde Jiménez de Cisneros hasta Mazarino, pasando por ese gran corta-pescuezos llamado Richelieu. Y cuando vemos al clérigo Sieyes de presidente de la Convención y caudillo de la revolución francesa, ¿qué derecho tenemos los liberales para excluir ciegamente al clero de los asuntos políticos? Dupanloup perteneció al Cuerpo Legislativo de Francia; y ahora mismo el señor Freppel, obispo de Angers, es el campeón del partido conservador en el Parlamento, y el terror de Julio Ferry. Al contrario, yo quisiera que todas las clases de la sociedad humana tuvieran voz y voto, para que todas contribuyeran al bien general y todas fueran responsables de los males que resultan de la falta de juicio y patriotismo. Lo que sí exigiría de los clérigos, nó

menos que de los seculares, sería probidad en la política, lo mismo que en la vida privada; rectitud, buena fe y buena conciencia. Pero se echa de ver que los eclesiásticos no son escrupulosos, y que para ellos es la cosa más sencilla del mundo andar ligándose con cualquier caudillo, como éste ofrezca ventajas personales ó de clase. El pundonor es ley común: á un clérigo no le perjudica el ser pundonoroso. El señor Ignacio Ordóñez, enemigo militante del señor Ignacio Veintemilla (¡qué señores éstos!); enemigo como lo suelen ser los clérigos, esto es, feroz, implacable, no puede sufrir cuatro días de emigración, y se somete como vil, y se tira de rodillas, no ante Dios Nuestro Señor, sino ante el *enemigo de la religión*, como él lo llamaba; le ofrece el oro y el moro, le besa los pies, y se levanta arzobispo de Quito, á título de alianza y amistad hasta la muerte. Dicen que este par de bárbaros á cual más corrompido, para dar fuerza al juramento, se picaron los dedos, y cada uno chupó la sangre del otro. Los salvajes del Amazonas tienen esta fórmula material para sus compromisos; y primero se viene el sol abajo que falten á la fe jurada. Ignacio

Ordóñez está haciendo rezar la oración *pro gratiarum actione*, porque se lo ha llevado el diablo á su socio y aparcero Ignacio Veintemilla. El felón, el ingrato y el canalla están en una sola persona: ¡qué estimación, qué respeto ha de merecer trapo como ese? y qué crédito? y qué confianza? Piensan los conservadores de ese país que si volviera Ignacio Veintemilla á echarle mano á la República, el obispo no sería inmediatamente de los suyos, y no pusiera el púlpito á sus órdenes? *Pro gratiarum actione*, y *Te Deum laudamus*, y todo: clérigo como él no tiene obligación de ser hombre de bien en política: si no fuera tan despreciable, infundiera odio profundo ese falso profeta.





El nudo del asunto

"ESTA carta pastoral se leerá en todas las iglesias de la capital y de las parroquias el día domingo, cuando hubiere mayor concurso de gente".

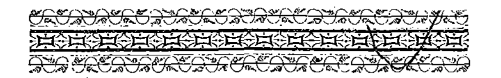
AQUÍ está el lazo: si me hubiera yo hallado en Quito, habría sido esa pastoral una tentativa de asesinato. Con otra pieza del propio linaje, leída en todas las iglesias, formó un motín y lo echó sobre una ciudad patriótica que estaba entendiendo en plan de elecciones: palo y puñal, sangre y escándalo, y luego privación del más

sagrado derecho de los ciudadanos, éstos son los efectos de las pastorales de ese Melgarejo eclesiástico. Y estas cosas suceden en la capital de una República, ciudad en otro tiempo ilustre, que ha dado la voz de libertad y ha prendido fuego al edificio que ardió veinte años! Así pues, yo no podría volver á mi patria, ni aun derribado el malhechor Ignacio Veintemilla, el héroe de las Catilinarias? Si voy solo y en paz, el obispo me señala á la gente que no lee, la engaña con embustes, le dice que soy enemigo de Dios y que *le doy de bofetadas á Jesucristo;* la enfurece, y me hace pedazos por cien manos ajenas, á despecho de mi buen nombre. Nación donde los clérigos tienen este poder de Satanás, no está segura de sí misma. Ni me digan los que tienen hoy el poder en la mano, que ellos son libres, ellos, los clérigos, para designar para la muerte á los ciudadanos que han vivido y viven trabajando y muriendo por la honra de la patria. Un obispo de la índole de Ignacio Ordóñez sin contrarresto, ni de la ley, ni de la imprenta, es animal sin freno que atropellará por todo. En el interés de todos está que ese ebrio de pasiones tenga algo que respetar y temer.

Cuando digo ebrio, no digo que es bebedor; digo que bebe pasiones, y que, así como otros se embriagan con licores fuertes, él se emborracha con soberbia, con envidia, con ira, y que en este estado de enajenación es capaz de meter fuego al templo de Salomón.

Yo QUISIERA saber lo que juzgan en conciencia los clericales mismos de un sistema que consiste en la supresión de los elementos de la sociedad humana en nuestro siglo; y si se les oculta lo que resultaría en caso de que las predicaciones de aquel obispo viniesen á tener efecto práctico. La lectura, prohibida; las artes, prohibidas; las sociedades, prohibidas; los pasatiempos honestos, prohibidos: qué oscuridad, qué vacío lleno de dolor y tristeza fueran esos? Los "Siete Tratados", donde apenas por insidencia se tocan materias religiosas, han sido absolutamente prohibidos. Hé allí, pues, prohibida la historia de la guerra de independencia en el tratado de los "Los héroes". El de "La nobleza" nada contiene que tenga que ver con las aprensiones de los clérigos. "Los banquetes de los filósofos", pudo haberlos escrito un católico. "El Buscapié", composi-

ción del todo literaria. Pues el obispo Ordóñez niega la sepultura á los que lean esas cosas: ¡ hay suerte desventurada de pueblo! El teatro, en general, está excomulgado; la novela, con más rigor; las reuniones sociales, la tertulia, el baile, todo es ocasión de pecado, donde *se arruinan las almas*, dice; y las prohibe y anatematiza, y llama á confesión á todo el mundo. A su voz el pueblo se levanta, los pícaros en política azuzan y reparten aguardiente, y mil brazos vengadores están alzados contra *los herejes*. Mas dudo que aquel perverso pudiera algo con los estudiantes, los jóvenes, ni con los viejos ilustrados, quienes tienen vergüenza, y se irritan de que de su país salgan esos documentos infames para escándalo de América. "Atentado contra la civilización": así ha intitulado un célebre periódico el artículo en que habla de la pastoral del obispo de Quito; y ya dos periódicos de París que han tenido noticia de ese acto de barbarie, le han arrastrado por el suelo á ese imprudente, recordando en términos mortales la aventura que estuvo en un tris de llevarlo al Palacio de Justicia.

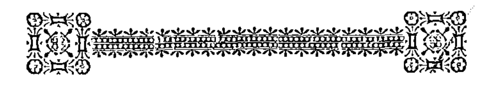


El arte en el teatro

EL barón de Platel, conocido en el periodismo de París con el nombre de *Ignotus*, es desaforado papista, como todos saben. Aurelien Scholl se burló ahora poco de su título de barón, con decir que le había venido de Roma, gracias á su adhesión á la Santa Sede. Pues el barón de Platel, más intransigente con el liberalismo que Rochefort con la curia romana, acaba de publicar en "El Fígaro" un soberbio artículo en el cual dice: "El teatro es una de las más bellas y más poderosas manifestaciones del arte: un grande hombre puede contener en sí un gran actor; y la mujer

más pura puede ser una gran actriz Raquel y la Malibrán fueron la encarnación más radiosa de la idea femenina". Los conservadores de Quito se han de admirar del estado de atraso de los católicos de Francia; y el obispo Ordóñez ha de morir de lástima de *Ignotus*, el celebérrimo campeón de la Iglesia, tan ilustrado clerical como excelente literato. "Muchas bailarinas han sido admirables artistas, agrega el señor barón: Ordóñez prohibe el baile. No sabe, sin duda, este buen clérigo, lo que es Rosita Mauri cuando, vestida de ángel, se dispara al escenario, y traza con los pies y los brazos idilios y poemas que hacen morir de gusto á los buenos cristianos, tanto más cuanto que la bellaca, si no es de las más bonitas, tiene la pierna más descomulgada que se puede ver en esta vida. El padre Ordóñez, si no se acordase del *sargent de ville*, se botaría á las tablas, Dios sabe con qué intenciones. Para no exponerse á esta *ruina de las almas*, ha tenido por mejor prohibir el baile, el canto, el piano, el arpa, la bihuela y todo: no deja sino el castrapuercos para el servicio de su capilla.





El Baile

ESTE ejercicio, quién lo creyera, es una de las manifestaciones del espíritu, y una muda, pero enérgica manera de dar formas á los sentimientos del ánimo. Así lo prueban las danzas guerreras de los antiguos, y las de los salvajes en nuestros días; las danzas macábricas; las danzas fúnebres de ciertos pueblos expresivos; y las danzas religiosas. Pues han de saber los clérigos que en todos tiempos ha habido danzas religiosas. Las doncellas de Israel, bailando al rededor del carro de David celebraron sus victorias; y este patriarca mismo

bailó con furor profético en torno del arca santa. La naturaleza tiene impulsos que se convierten en arte: el baile es un impulso natural en el hombre, y por eso bailan los locos, sin saber lo que hacen; bailan los borrachos; bailan los niños. Sujeto á ciertas reglas que nacen de la observación, el baile viene á ser cadencia y armonía. Así como los versos han de cumplir con tales y cuales condiciones para encerrar en ellos la poesía, así el baile sujeto á reglas es la poesía en movimiento. Una danza perfecta es un poema donde el alma se está manifestando en el vaivén armónico y gracioso de las acciones de los miembros. Una india trágica de cierto país de América, llamada doña Lorenza, se levantó una noche, bailó sus celos una hora con furia inaudita, fué y le dió de puñaladas á su amante infiel. Las tribus guerreras que habitaban las orillas de los grandes ríos de la América del Norte, nunca salían al combate sin prevenir el valor, digamos así, con una danza armada. La agitación física imprime cierta sensación en el espíritu: el que va volando en un caballo por una pampa libre, se siente más animoso que si estuviera sentado en un rincón de su

casa. La vida se conserva con el movimiento, y acaso nació del movimiento. El movimiento armónico es ya arte; y así es como las danzas guerreras de los salvajes se han convertido en pomposos bailes de corte, donde la hermosura ostenta los primores y las seducciones, no del cuerpo solamente, sino también del alma. Dudo que una mujer tibia, fría, de pasiones vulgares pueda bailar bien: el fuego es elemento necesario en todas las cosas de la vida: muchas veces permanece oculto, pero de su misterioso retiro está encendiendo el pecho y dirigiendo hasta las ideas del hombre. Los temperamentos nerviosos, delicados, cogen la flor en todo, porque esos son los que se están inflamando á la continua en el foco invisible del universo donde hierve sin ruido eternamente la vida de los seres creados. El baile es una de las expresiones de la naturaleza, lo repetimos: prohibirlo, es prohibir una efusión necesaria: condenarlo, es como condenar el uso de la palabra. Oh tú que lo condenas, hombre insensato, sabes á qué distancia te hallas de la sana razón y de este perfeccionamiento sublime que se llama civilización y cultura?

TANTA parte tiene en ellas el baile, que el arte lo ha tomado como auxiliar de la música y el drama. Las danzas que interrumpen la acción de las óperas en los grandes teatros europeos, no son sino un brillante ripio : nada tienen que ver con la obra principal, y con todo no hay gran ciudad que pueda prescindir de ellas. Como halago de la vista, ningún espectáculo es comparable á una danza colectiva de mujeres hermosas : los poetas clásicos mismos no se sienten ofendidos por esas deslumbradoras infracciones de la unidad dramática, cuando de súbito se precipitan en torrentes de armonía visible cien muchachas inflamadas por el dios de la danza, que es un Apolo más apasionado y hermoso que el de la poesía. Los bailes en las grandes casas de París, Londres y Viena son magníficas representaciones de arte, por que mil artes concurren á formar ese conjunto primoroso que está llenando ese palacio. La música es aliada perpetua del baile : ¿cómo un arte así tan sencillo, tan inocente en su elegancia, puede ser ocasión del vicio, y menos de *la ruina de las almas*, como dice un sacerdote ofuscado por las sombras del fanatismo y la barbarie? Yo suelo mirar con indi-

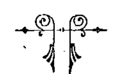
ferencia ciertos espectáculos que en estas grandes ciudades se pregonan con trompetas, en los cuales, generalmente, más es el ruido que las nueces; pero quisiera yo saber si en Niza faltaba yo jamás á esos bailes de niños que en la estación de invierno alegran ese jardín de la Europa! Las almas de los niños no se arruinan: sus madres, cuando los visten para el baile, y los llevan por la mano, lejos están de pensar que los van á entregar al vicio ni al pecado.» El alma del niño es oro puro; no se gasta ni oscurece; y con todo sería grave delito en la madre si lo fuese á exponer á los insultos y peligros de un pasatiempo deshonesto. Los bailes de niños son parte esencial del programa en las fiestas de París y otras capitales; luego el baile no es conceptuado una vorágine, ni á los obispos católicos se les ha ocurrido anatematizarlo. Qué sería de las hermosas quiteñas, tan aficionadas al baile, si los errores y la tiranía de ese mal clérigo llegaran á imperar á modo de leyes en su patria? Las mujeres tienen dos pasiones, el baile y las flores: quitadles estas dulces flaquezas, y les habréis dado un golpe mortal. Mujeres sin flores y sin baile no existen en los

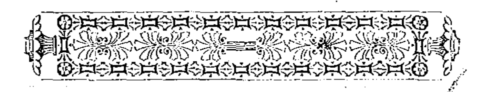
países donde la hermosura tiene su cetro levantado. Bailad, quiteñas, que en graciosas vueltas y mudanzas saludan al Altísimo los ángeles del cielo, cuando rompe el sol de gloria é inunda los espacios infinitos. El pecado se suele emboscar con más frecuencia tras el rebujo de la insocial devota, y el diablo pone sus zancadillas saliendo de entre la sotana de esos funestos matadores del espíritu que quieren reinar sobre un sepulcro. Y las ninfas del Guayas, quienes si no bailan no viven, ¿qué dirán de ese horrible anatematizador? Juventud, salud, frescura, amor están pidiendo movimiento: bailad, bailad, hermosas; que mientras los buenos pensamientos graviten sobre el corazón, nunca llega la ocasión de perderse ni arruinarse. El alma se arruina en la mentira, la hipocresía, la maledicencia: la honestidad alegre es la que más prendas ofrece: no en vano estáis resplandeciendo en la primavera de la vida, ni es para la muerte del corazón para lo que la naturaleza os ha colmado de sus dones: bailad, hermosas, y allá se desgañiten vuestros clérigos. Esclavas, en buenhora, del amor, el deber, la virtud: el yugo de esos siniestros enemigos de

la felicidad ajena, no es llevadero. Bailad, hermosas, amad, cantad, sed dueñas del mundo, y gobernadlo en consulta con la sana razón y las virtudes.

Yo le quisiera poner al ilustrísimo y reverendísimo señor José Ordóñez en manos de Paul Bert ó de Leo Taxil, para que estos famosos anatómicos de frailes hagan en él experiencias de vivisección, y vean si de veras está muerto, como dijo al principio de su pastoral. Mientras no haya uno que lo diseque, ese obispo nos ha de dar que hacer. Mas qué dira cuando sepa que las grandes damas de París, las aristócratas del barrio de San Germán, conservadoras, clericales y realistas; las católicas-apostólicas-romanas de París han organizado una corrida gigantesca de toros en el Hipódromo? Toreadores españoles, picadores, banderilleros y chulos, todo lo tenían listo; y el *primer espada*, el gran Frascuelo, estaba para llegar de Madrid. Se meten los liberales en la danza, y todo lo echan á perder. Ah, canallas, prohibirles sus toros á los católicos, para que *se les arruinen las almas!* Cómo es esto, el obispo de Quito prohibe las corri-

das de toros, porque, dice, en ellas se arruinan las almas: los católicos de París están dados al diablo de que Waldeck-Rousseau, ministro del Interior, les hubiese impedido su buena corrida con segunda intención, para arruinarles las almas. Por fas ó por nefas, los católicos son ahora los cachiforrados y jorobados, los perdidos y fundidos. Los *fregados* hubiera dicho yo animosamente, si esta obrita había de andar en confianza entre hispano-americanos; pero corro el peligro que ella vaya también al poder de algún español de los que las cortan en el aire en esto del hablar pulido, para recordar por segunda vez una expresión de Miguel de Cervantes, y me abstengo de decir que el ilustrísimo y reverendísimo José Ignacio está *fregado*.





Aparición

EN un regreso de Europa al Nuevo Mundo, después de diez ó doce días de navegación, derrepente, una tarde, sin haberlo pensado ni soñado, el padre Ordóñez, vestido de obispo, comparece sobre cubierta: de dónde salió? en dónde había estado metido tanto tiempo? Nadie ignora que á bordo, burla burlando, todo el mundo quiere echar al agua á los clérigos, por que, dicen, son de mal agüero y acarrean naufragios y desgracias. Si no se ríe tanto, y no chancea el pobre frate, y no da un duro para los marineros, le tiran al mar. Se escapó en mala hora: héle allí discutiendo á brazo partido con los que quieren oír-

le. ¡Jesús si es tonto el clérigo! Dijo que "á la cuenta" los protestantes no eran cristianos; y que Lutero había sido hijo de Calvino; y que el degüello de los hugonotes fué obra de los liberales; y otras de éstas. Los hugonotes, en su concepto, eran la flor y nata de los ultramontanos; y por eso los masones los habían hecho asesinar. Le sonaba tan bien este nombre *hugonotes*, que se extasiaba en él: "Los hogunotes", decía á cada paso; "los hogunotes". Los hugonotes, señor obispo, le corrige un chileno. "Sí, señor, sí, los hogunotes: digo que los hogunotes". El hijo de Lutero era lo que más le molestaba: Lutero le parecía un dragón con haber tenido un hijo. No sabe este santo inocente de obispo que no hay sensación más grata en la vida que el tacto de un niño, según un poeta oriental? Cuando ese patriarca de la Reforma veía á su hijo en brazos de su esposa cómo chupaba el pecho, mirando al rededor alegremente, era sin duda el hombre feliz con los secretos de la paternidad y el cariño. Para Ordóñez era un malvado; no por la grandiosa espadada que le dió á Roma, sino por el hijo que á Dios plugo concederle. Si él no está

á la presente con un marmitoncito vestido de monaguillo, *el sargent de ville* tiene la culpa. Si le dan tiempo, Lutero no hubiera sido tan pícaro. Lutero amó, se casó; hizo bien: no anduvo tras la mujer ajena, y menos tras la cocinera de su hermana. Lutero fué hombre sabio, gran sacerdote, y persona de buenas costumbres. A los clérigos católicos que han dado toda clase de escándalos, y han intentado toda clase de picardías les corresponde perseguirlo y morderlo hasta en el refugio profundo é invisible de la eternidad. Los hijos ajenos, jamás perdonan los clérigos; para los propios alegan *la fragilidad humana*, y dicen que *ellos también son hombres*.

Cómo nos vengamos de este monigote? dijo un colombiano; porque junto con Lutero entramos en la colada todos los liberales del mundo; y nos pusimos á discurrir una traza, la cual, una vez resuelta, nos salió á las mil maravillas. Había entre los pasajeros un borrachín llamado Saturnino Picón, de lo más solícito por el *ilustrísimo señor*, como él le llamaba. Para mal de sus pecados el ilustrísimo señor le tenía á su lado en la mesa.

De comer, de beber, todo le quería dar con sus manos don Saturno, según decían todos por abreviar. Una vez tomó su servilleta y fué á limpiarle la boca: ya no pudo el pobre clérigo: Don Saturnino, le dijo en voz suplicante, no me sirva demás, por Dios le pido. Esta súplica fué su perdición: Don Saturno, le decíamos al primer toque de la campana, echamos de ver que usted se descuida de su señoría ilustrísima: apenas usa usted de algún comedimiento con él: preciso es que le atienda de una manera más cumplida y decente. Pero si me ha dicho que no le sirva demás, respondía exasperado. Esa es modestia, es política: no se atenga usted á lo que él le diga, sino á lo que le cumple á un buen católico respecto de un sacerdote de tan elevada gerarquía.

Don Saturnino Picón siempre estaba medio borracho: poco le habíamos pedido:

"Esta tirita de pernil, señor obispo?"

"Don Saturnino.... "

"Este trocito de jamón, señor obispo?"

"Don Saturno...."

"Este debe de ser pato: el ala, señor obispo, el ala?"

"Don Saturno, por Dios!"

"Mi vino es de Burdeos, señor obispo: es rigulá, muy rigulá. No tenga miedo, no le he de ensuciar la ropa".

Vaya, dijo el clérigo, le daremos gusto". Y más por zafar de aquella muela que por gana de beber, se echó al coleto un jarro de tintura de campeche".

"La gallina está gorda, señor obispo: pierna ó pechuga?

"Don Saturno...."

"Estas papas son turbadas, según mi modo de ver las cosas. A bordo las llaman patatas; y estos ingleses son tan brutos que dicen *poteitos*. No dije que eran turbadas? Un par de ellitas, señor obispo?"

"No son turbadas sino trufadas, ó con trufas. Pero ni trufadas ni turbadas las quiero".

BUEN hablista era el eclesiástico: pero nosotros estábamos muriendo de risa al frente y á los lados. Don Saturno Picón, codeado por un maldito antioqueño, volvía á la carga con más fuerza.

"Estas parecen patas de puerco, señor obispo. En mi casa las preparan muy bien. Si no me engaño, están envueltas en maíz: cátelas su señoría".

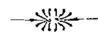
"Por San Joaquín y nuestra señora Santa Ana, señor don Saturnino, perdóneme la vida".

"Le gusta el guineo á su señoría ilustrísima? Este es de Otaití: lo he pelado para su señoría á propósito".

"No me lo encaje por las narices, con mil diablos!".

El desventurado sacerdote solicitó del maestresala le diese otro asiento; pues ese hombre, dijo, le iba á matar. Se libró de la mesa, pero no se pudo librar del puente, porque don Saturno á cada rato le venía con una copa de coñac, un vaso de limonada, un plato de arroz que iba á traer de la procura, un puñado de pasas. Al fin desapareció el señor obispo. Si no se encierra en su camarote durante todo el resto del viaje, ese monstruo le acaba de quitar la vida. Venganza más completa no he saboreado en los años que tengo. Si algún día vengo á ser presidente de la República, por todo castigo le he de poner un don Saturnino Picón al lado; y veremos si no pide misericordia.

Páginas



INDICE

Páginas

